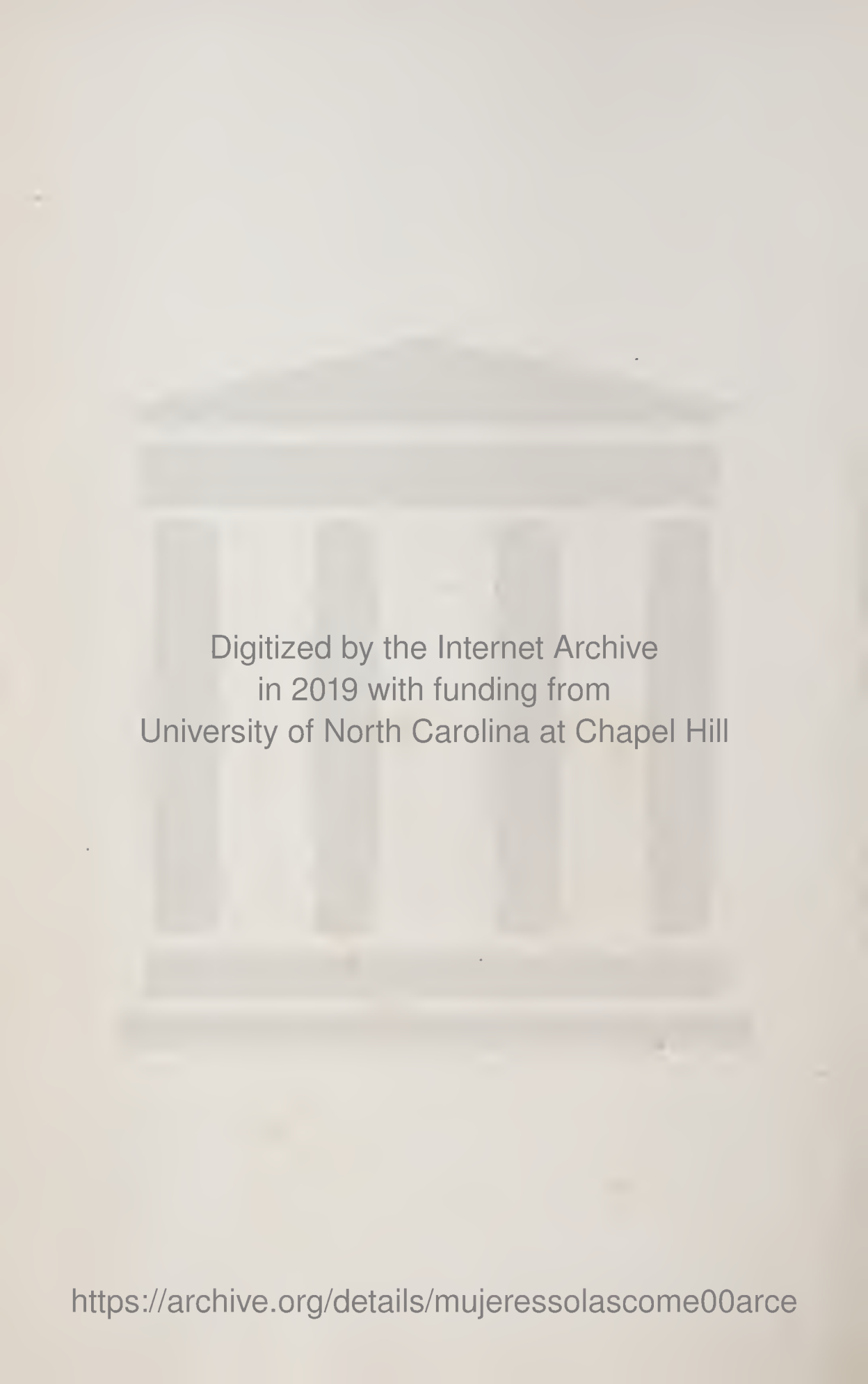
ELENA ARCEDIANO

Mujeres solas

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Eslava, de Valencia, por la compañía López Heredia-Asquerino el día 5 de : : : enero de 1934 : : :


Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mujeressolascome00arce

A Irene López Heredia
señora por derecho propio, genial
artista y hada madrina que
hizo realidad el primer sueño
de grandezas de una novel es-
critora.

Cordialísimamente

Elena Arcediano

MUJERES SOLAS

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRÄS

N.º de la procedencia

REPARTO

LUCI.....	Irene López Heredia
MARI-TERE.....	Esperanza Ortiz.
AMA PEPA.....	Pascuala Mesa.
DOÑA ANGELES....	Adela Carbone.
JUANITA.....	Pilar Lebrón.
RAFAEL.....	Manolo Luna.
EUGENIO.....	Mariano Asquerino.
CARLITOS.....	Víctor Miguel Merás.
SALOMÓN.....	Guillermo Grases.
DON LEANDRO....	Ricardo Vargas.
COPETE.....	Consuelito Fernández

ELENA ARCEDIANO

MUJERES SOLAS

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Eslalava, de Valencia, por la compañía López Heredia-Asquerino el día 5 de enero de 1934

VALENCIA
Imprenta de José Olmos
Calle Castellón, núm. 12

722007

PERSONAS

LUCI
MARI TERE
AMA PEPA
DOÑA ANGELES
JUANITA
RAFAEL
EUGENIO
CARLITOS
SALOMON
DON LEANDRO
COPETE

:: **EPOCA ACTUAL**

Orientación escénica

:: **La del actor** ::

MUJERES SOLAS

ACTO PRIMERO

Hall decorado y amueblado con buen gusto. Puertas a los lados. En el centro del foro, puerta encristalada, que figura dar al pasillo, y a la izquierda; escalera que conduce al piso alto.—Promedia la mañana.—Ama Pepa — tipo de ciudad que no perdió del todo el saborcillo huertano, mujer sana y fuerte que va hacia los sesenta, pulcra y sin encorvarse; *factótum* casero en lo puramente doméstico — va colocando flores aquí y allá, tomándolas de un gran cesto, dejado en el suelo, donde las hay en abundancia. — Doña Angeles, señora de la casa — claro se ve en su sencillo y elegante porte —, cumplió los cincuenta y cinco. Si su carácter no es indeciso, debieron amansarlo las preocupaciones. Ahora está sentada en un sillón y hojea una revista ilustrada, para mejor distraer una impaciencia, que no tardará en desbordarse.

PEPA Aquí el manojito de rosas grana, sus preferidas. ¡El grito que va a dar cuando las vea!... ¿Verdad?

ANGE. *(Sin dejar de mirar al periódico).* Verdad.

PEPA. ¡Pues, digo, cuando note el olor de los jazmines!... Los trajeron de la huerta de la Umbría, y dice mi niña que no los hay iguales. *(Huele el ramillete y lo acerca respetuosamente a la señora para que aspire el aroma.)* Le sobra la razón, ¿verdad, señora?

ANGE. Verdad.

PEPA No he olvidado ninguno de sus gustos: nardos en el tocador, rosas blancas en el dormitorio... Creo que me he ganado otro abrazo que el de la llegada. ¿No le parece a la señora?

ANGE. Segurísimo.

PEPA La paellita en el jardín, hecha con fuego de sarmientos, para que tenga gusto de campo. Y que iré yo a vigilarla cuando echen el arroz; así lo comerá en su punto. ¿No le parece a usted?

ANGE. No te oí bien.

PEPA Ni me escuchó siquiera. Muy interesante debe ser el folletín para que olvide la señora que de un momento a otro va a entrar como un torbellino la forasterita.

ANGE. Por eso precisamente, para no desesperar esperando, fingía leer.

PEPA Fuera cavilaciones. Todo será de otro color cuando ella llegue. El corazón me dice que hoy hemos de verla.

ANGE. Dos días hace que el corazón nos engaña. Mejor dicho, nos engaña ella, la ingrata...

PEPA Diga, usté, la doctora, que su título tiene bien ganado.

ANGE. Y porqué sea doctora, ¿ya está bien que olvide a su madre?

PEPA Y a su ama.

ANGE. Y a todos. ¿Costaba mucho decir por telegrama, con toda exactitud, el día y la hora?...

PEPA Con toda exactitud, ¡en esta casa! *(Ríe de buena gana.)*

ANGE. Estos hijos de mi alma, ¡tan rebeldes, tan independientes, tan dueños de sus actos!...

PEPA. De sus actos y de los nuestros; los hijos mandan.

ANGE. ¡Hasta Luci, la más equilibrada, la que se dice formal y previsora y seria...!

PEPA Y que lo diga usté, ¡nada menos que doctora!

ANGE. Ya me lo dices tú, que eres, siempre, bachillera.

PEPA ¿Bachillera? Tonta de capirote, que no escarmienta nunca.

ANGE. Ni escarmientas, ni callas.

PEPA Porque enciende la sangre esa injusticia.

ANGE. ¿Cuál?

PEPA Que mientras todos hacen su capricho, sin pensar que la casa viene a tierra, se critique a la hija de mi alma...

ANGE. Y de mi cuerpo.

PEPA ...Que se ha quemado las pestañas para hacerse doctora en Medicina...

ANGE. Y faltando tres meses de Valencia, regresa de París y se entretiene en Barcelona cuando ya debería estar en casa.

PEPA Estudiando estará y no de parranda.

ANGE. Juzgarlo es cuenta mía. Anda y ve a tus asuntos, que por dejar que seas bachillera, ya te metes en pleitos de abogada.

PEPA Ya sé que no soy nadie. Pinto menos que el gato en la cocina. *(Emocionándose un poco.)* Yo, que los he mecido a todos y he limpiado sus babas, y a su lado pasé las malas noches, cuando el sarampión, y les llevé al colegio...

ANGE. ¡Sólo esto me faltaba!

PEPA Y ahora... «Pepa, ¡al rincón!» Un trasto menos... Y, ¿en castigo de qué? Por salir como una leona en defensa de la casa.

ANGE. Bien está ya, Ama Pepa. Demasiado te consta que te quiero y te estoy agradecida. Pero hoy, más que leona, has salido cotorra.

PEPA A la jaula me voy.

ANGE. No. Aquí te quedas. La que se va soy ya. Necesito estar sola. Tengo que cavilar. Venga quien venga, le dices que salí. Menos al administrador. En cuanto llegue, le envías hacia dentro.

PEPA Seguro que no viene.

ANGE. ¿Tú qué sabes?

PEPA O viene sin dinero, que es lo mismo.

ANGE. Hoy se te ha de dejar por imposible. Recuerda la lección. No quiero ver a nadie. *(Inicia el mutis por la izquierda.)*

PEPA Así es que ¿si viniera la doctora?... *(Vase.)*

ANGE. Sí sí... Espérala sentada; no te canses.

JUAN. *(Por la puerta del centro.)* ¿Dónde está la señora?

PEPA En el vientre de un pez.

JUAN. ¡Ya será grande! Se ve que hay buen humor.

PEPA ¿Para qué quieres ver a la señora?

JUAN. Porque fuera la espera una visita.

PEPA ¿El administrador?

JUAN. No, un hombre del pueblo.

PEPA Del pueblo somos todos.

JUAN. Que se cree usté eso... Yo soy de la ciudad.

PEPA Ay, ay, ay... «ciudadana»... Que la del buen humor eres tú misma... y yo tengo hoy la sangre muy renegra...

JUAN. No se enfade, Ama Pepa. Yo creía... Quise decir del pueblo donde está la masía.

PEPA ¿De Bétera?

JUAN. Cabal. Trae un recado de Panolla, el casero.

PEPA A pedir algo viene.

JUAN. Dice que es muy urgente, y que no se ha de ir sin ver a la señora.

PEPA ¿Te has fijado en la pinta?

JUAN. *(Con mucho dengue, frunces de labio y ladeos de cabeza, que no logran disimular el buen efecto causado.)* Rigulín, rigulán. No parece mal mozo ...Habla muy bien... Tiene unos ojos vivos... Aquí, sobre la ceja...

PEPA Arrea, ciudadana. Mándame esa postal. No le digas si el ama está aquí o ha salido. Que pase nada más. *(Juanita va a cumplir la orden, mientras Pepa sigue hablando.)* Milagro sea no me toque servir de pararrayos. *(Pepa se asea un poco y va hacia donde antes estuvo doña Angeles, pero sin llegar a sentarse.)*

JUAN. *(Abre las puertas del foro y deja pasar a Salomón.)* Pase usted, pase usted.

SALO. Gracias, pimpollo.
(Una discreta sonrisa de Juanita — sin exagerar la nota — es el pago del piropo.)

PEPA Adelante, adelante.
(Avanza Salomón, tipo de joven mozo pueblerino, vestido a usanza ciudadana, modesta, pero no grotescamente. Sin gorra ni sombrero. Ademán suelto, desembarazado, pero con estudiado comedimiento. Aunque no se explicara, debíamos adivinar que está inflenciado por exóticas visiones. Tal vez en el cine...)

SALO. ¿Es usted la que busco?

PEPA Por ahora soy la que usted se encuentra.

SALO. *(Desorientado por esta inesperada contestación, que desbarata el razonamiento previamente es-*

tudiado, procura serenarse y rehacer su dominio.) Es verdad; muy bien contestado. Pero es que... verá usted... No encuentro yo bien, para un trabajador, esa palabra de *(recalcando)* «Ama».

PEPA ¡Ah! Usted, ¿es trabajador?

SALO Ya se ve.

PEPA Yo también, ¡y soy ama!... Usted dirá cómo quiere llamarme... y luego veré yo si se lo aguanto.

SALO. *(Nuevamente despistado.)* Bien. Esta no es cuestión.

PEPA Viene usted aquí enviado por Panolla, el casero de la Masía del Pinatar.

SALO. El mismo.

PEPA Que estará, como siempre, de apetito para comerse un toro.

SALO Si lo hubiera...

PEPA Se lo hubiera comido. ¿Y Marieta, su hija?

SALO. También apetitosa. *(Presumidillo.)* Ya llevamos un año de noviazgo.

PEPA Pues es usted goloso. Le gusta a usted la fruta tempranica y mollar.

SALO. ¡A ver qué va a hacer uno!

PEPA ¿Trabaja usted en el campo?

SALO. La tierra «no me va». Me tira más el cine.

PEPA ¡Le tira! ¿Qué le tira?

SALO. Darle a la maquinaria. Soy el operador que pasa las películas en el cine del pueblo.

PEPA Así, bien. Yo creí que usted salía como ese tan gracioso que le llaman Charlot.

SALO. Yo no soy de la «chufla». Yo soy técnico. Obrero manual, con «carné» del oficio. Y, además, «sindicao».

PEPA Por muchos años. También Marieta ha sabido elegir. Y... ¿qué?... ¿Puede ya decirme a qué se debe?...

SALO. Se debe... y no se paga. Y a eso vengo. A ver si se habla claro y corren los jornales. ¡Que va para tres meses que no se ve una blanca!... Y en la masía hay hambre. Y no es justo que acá haya buena vida, y «allá», pena y miseria para el trabajador, que suda a chorros destripando terrones. *(Ha quedado satisfecho de su párrafo.)* ¿Digo bien?

PEPA ¡Ya lo creo! Si eso que usted me cuenta es de alguna película, debe ser muy interesante.

SALO. ¿Película? ¡Hay que ver! No pagan al obrero y encima ¡se le burlan!

PEPA Ni encima ni debajo. La masía no da más que disgustos. Aquí no llega un céntimo, ni una mala patata para muestra de que se hizo cosecha. Don Leandro lo dice: «Como fué mal el año...»

SALO. ¿El administrador?

PEPA Sí. ¿No les paga?

SALO. ¡Ese tío es más tuno y más marrajo que Lon Chaney!

PEPA De acuerdo. Ya vamos viendo claro. Con que a poner las cartas boca arriba y a ver quién juega sucio.

SALO. ¿Don Leandro?... Don Zorro, digo yo...

PEPA Yo le llamo Don Cuervo; pero eso de Don Zorro tampoco le va mal. Siga usted, «beterano».

SALO. Aún no cuaja la fruta, ya la tiene vendida. La vende sobre el árbol. Cobra y no da ¡ni una perra! Que se apañen con las sobras del campo. Que los amos están en un apuro... que tienen que pagar una carrera... que se tenga paciencia... que una chica va a hacer el gran casorio y habrá dineros frescos...

PEPA ¿Frescos? Frescos estamos. Y la señora, tonta, boba, ciega, dejándose robar. Hoy va a saber-

lo todo. Y usted mismo en persona va a decírselo.

SALO. ¿A quién?

PEPA A la señora.

SALO. ¿Pero no es usted el ama?

PEPA Claro que soy el ama. La que crió a los chicos. Ama seca no más.

SALO. Esto tiene más gracia que un truco de Pamplinas...

PEPA No van a ser pamplinas las que coma ese pájaro.

JUAN. *(Abre la puerta de cristales, la cierra, y desde allí dice a media voz.)* Ama Pepa.

PEPA ¿Qué ocurre?

JUAN. Don Leandro.

SALO. Ahora sí que hay película. Es «El signo del Zorro». Verá usted cuando entre...

PEPA Déjele por mi cuenta. Yo no tengo «carné», pero entiendo tal cual de maquinaria...

SALO. Aquí estoy yo para acusarle el tute.

PEPA Usted va a estar allí. *(Señalando la derecha.)* No me espante la caza. Tú, Juanita, acompaña al señor.

SALO. No me diga *señor*. Todos somos lo mismo.

PEPA Pues, ¿cómo?

SALO. Mi nombre es Agustín; mi mote, Salomón. Yo prefiero que me llamen «camarada».

PEPA Pues por mí que no quede. Acompaña al Señor Camarada al mirador para que espere. Sírvele una copita y unas pastas.

JUAN. Y, ¿estoy allí?

PEPA Mujer... mientras le sirvas. ¡De temporada, no!

JUAN. *(A Salomón, por Ama Pepa.)* ¡Qué cosas tiene! *(Inicia el mutis.)*

SALO. *(A Juanita.)* Venga usted y no me deje, Greta Garbo.

PEPA Anda, garbosa, que se va a hacer tarde. Y usted, Don Salomón...

SALO. ¿Qué he de hacer?

PEPA *(Intencionadamente.)* ¡Cuidado con el arpa! *(Vanse por la derecha Juanita y Salomón riendo. Ama Pepa dirígese a la puerta del foro, que abre para llamar desde allí a don Leandro. Este don Leandro es, como tantos otros de su profesión, que parecen nacidos del mismo tronco, un administrador de tipo «standard», visto a diario en la vida... y en el teatro. Avisado, solapado, sinuoso, injerto en garduña. Siempre alerta para desviar un ataque y con filtro auricular que elimina o transforma lo que no le conviene oír. La edad es imprecisa. Sólo puede asegurarse que desbordó la cuarentena. Traje oscuro, ni rico, ni elegante, ni bien cuidado. Corbata y demás cabos al mismo tono. En resumen: un conjunto de aspecto poco agradable, sin apretar demasiado el trazo ni el colorido.)*

PEPA Pase usted, don Leandro; pase usted, sin ceremonias. ¿Por qué se detiene el «amo» de la casa?

LEAN. Administrador, Ama Pepa, administrador y... a duras penas. *(Devolviendo la alusión.)* Aquí no hay más «ama» que usted.

PEPA Sí, sí. De mote. El amo es el que cobra.

LEAN. No, Ama Pepa, el que gasta. Y, a todo esto, sin preguntar por la salud de mi señora doña Angelita. Supongo estará bien. Y muy pagada con la niña doctora, y la otra niña pronta a matrimoniar...

PEPA. Cuando usted dice que «debe estar pagada» es que ha echado tres nudos a la bolsa.

LEAN. ¿Quién soy yo para eso? *(Con fingida risita.)* ¡Hay que ver esta Ama Pepa si es malintencionada!...

(Sale doña Angeles por la izquierda, con la prisa de quien estaba esperando esta visita.)

ANGE. *(A Pepa.)* Muy bien, mujer, muy bien. Te dije que avisaras, y si no llego a oír... Perdone, don Leandro...

PEPA Si acaba de llegar...

LEAN. Perdóneme usted a mí, mi señora doña Angeles. Yo entretuve a Ama Pepa, preguntando por la salud de usted. *(A Pepa.)* ¿Verdad?

PEPA *(Amoscada.)* Verdad... Aunque tal vez no diga otra en todo el día.

ANGE. Ama Pepa, ¡por Dios!...

LEAN. Déjela, déjela. Ya sé que es su carácter. Siempre un poquito áspera conmigo... Pero ella es buena... Y, en el fondo, me quiere... ¿No es verdad, Ama Pepa?

PEPA ¿En el fondo?... Sí... Claro...

LEAN. *(Desviando, como siempre.)* ¿Nuestra ilustre doctora?...

ANGE. Esperándola estamos.

LEAN. ¿Mari Tere, preparando su nido para entrar a su tiempo en la luna de miel?...

ANGE. Aún es noche cerrada.

LEAN. Carlitos, ¿en Madrid?

PEPA ¡Qué don Leandro éste!... Nunca viene a esta casa que no lleve el padrón.

LEAN. El natural interés...

ANGE, ¡Cuánto ha tardado usted! Desde el lunes le espero. ¿Consiguió usted arreglar lo que le dije?

LEAN. De ahí viene mi tardanza. Por mucho que me afano, las cosas van saliendo algo peor que a

medias... No va a haber más remedio que esperar unos días.

ANGE. ¡Si es todo inaplazable!... La clínica, la boda, la pensión de Madrid...

LEAN. Ya me hago cargo. Pero el año es fatal... Fallaron las cosechas; no hay modo de apretar a los del campo...

(Ama Pepa hace un mohín natural en quien está en el secreto.)

ANGE. Sin embargo es preciso, indispensable, este supremo esfuerzo. Yo confío en que usted...

(Sale Juanita por la derecha, canturreando, muy decidida, y se detiene al ver la visita.)

JUAN. Perdonen los señores. Ama Pepa, ya está todo en su punto, tal como usté quería.

PEPA *(Intencionadamente.)* ¿Tiene alpiste el canario?

JUAN. *(Siguiéndole el humor.)* Alpiste y agua. Y una hoja de lechuga.

PEPA *(A doña Angeles.)* ¡Verá usté cómo canta!

LEAN. ¿Es un canario flauta?

PEPA Ya lo creo. Le llamamos Bartolo. ¡Hay que oír cómo trina!...

ANGE. Bueno, abrevia, Ama Pepa. No estoy para gorjeos.

PEPA Al momento, señora. *(A Juanita.)* ¿Cerraste bien la jaula?

JUAN. ¿La jaula?

PEPA Sí, mujer. No ves tú que si sale... Anda, ve a tu trabajo... *(Juanita va hacia la puerta del centro, por donde se retira.)* Voy yo, no sea caso...

LEAN. ¡Sí que sería lástima!

PEPA No lo sabe usté bien. ¡Con lo que a mí me gusta que cante a tiempo... *(Va hacia la derecha.)*

LEAN. ¡Qué famosa Ama Pepa!

PEPA No se me vaya usté, mi señor don Leandro, sin que le diga adiós.

LEAN. ¡No se le pasa nada!... Queda tiempo. He de hablar con la señora...

PEPA Voy y vengo en un vuelo. *(Váse por la derecha.)*

ANGE. No hay quien pueda con ella. Le dimos muchas alas...

LEAN. Todos aquí — y perdone la señora que me atreva a opinar con el mejor deseo —, todos aquí gustan de volar alto.

ANGE. Es verdad; pero ahora yo estoy a ras de tierra. Ya me han dado el cañazo. Como usted no me ayude... ¡a ver quién me levanta!

LEAN. Si en mi mano estuviera...

ANGE. Yo no tengo otra mano. En vida de mi esposo, jamás supe las cuentas. Administraba usted, que sigue administrando. Los hijos crecen y la hacienda merma. Yo he fiado en usted.

LEAN. Y yo la sirvo con toda lealtad.

ANGE. No hablemos de eso. Vamos a lo que apremia. ¡Tan mal estoy que no puede juntarse las cinco mil pesetas!...

LEAN. Poder... poder... quizás...

ANGE. Hable usted claro.

LEAN. De los arrendamientos no hay manera de disponer. Todo está ya agotado. Las cosechas son flojas y no bastan a pagar la labor... Lo poco que quedaba en las cuentas corrientes...

ANGE. Pero, ¡esto es un horror!... ¿Vino ya la ruina? ¡Qué va a ser de mis hijos?... ¿Qué dirán de su madre, que no supo guardar?...

LEAN. ¿Qué han de decir, si en ellos se ha gastado?

ANGE. Eso no me disculpa. Antes que declararles que fui torpe, aturdida, imprevisora...

LEAN. Calma, calma, señora... Todavía no es un trance mortal. Aún queda algo...

ANGE. ¿Tiene usted solución? ¿Pues a qué espera que no lo dice? Repare usted mi angustia, mi desesperación...

LEAN. No hay para tanto. Tenemos solución. Naturalmente, molesta, trabajosa... Pero, en fin, solución...

ANGE. Venga usted dentro, no sea que de nuevo nos estorben. Dejemos de una vez resuelto este problema, que me agota la vida.

LEAN. Usted me manda siempre. Pero insisto en que no es trance mortal. Un poco de valor y de paciencia... Se salvará el apuro.

ANGE. Así sea.

LEAN. Será.

ANGE. Ya me da usted un respiro. Vamos, vamos... *(Vanse por la puerta de la izquierda.)*

(Ama Pepa sale por la derecha, y al no hallar a nadie, dirígese a la puerta de la izquierda.)

PEPA Ya estará la araña tejiendo la tela. Como entre yo... le hago soltar la mosca y huir a su agujero. *(Dispónese a oír cautelosamente, cuando le interrumpe Juanita, que entra y cierra la puerta de cristales del centro.)*

JUAN. Ama Pepa, Ama Pepa...

PEPA *(Un poco asustada. Se repone en seguida.)* ¡Canastos! ¿Qué pasa, que repites como una codorniz?

JUAN. Hay un señor ahi fuera...

PEPA Echale. Dos tenemos encerrados y nos sobran los dos.

JUAN. Este es señor «de veras»; cuando vino otra vez, le agasajaron mucho... De alguna edad, simpático...

PEPA ¿Don Eugenio?

JUAN. Cabal; no recordaba... ¡Qué bien huele ese hombre!

PEPA ¡Criatura! Tú los miras, los hueles... Di que pase. Pero no me lo toques...

JUAN. ¡Ama Pepa!... Usté cree...

PEPA Por si acaso. *(Márchase Juanita con gracioso gesto de simulada indignación. Ama Pepa queda sosteniendo la puerta en espera del visitante.)* ¡Ni llovido del cielo! Adelante, mi señor don Eugenio. ¡Qué alegría verle de nuevo aquí!

(Entra Eugenio. Elegante, sin afectación, sonriente, simpático. Sabemos que tiene cincuenta años, porque él no los oculta. Habrá que creerle si declara tener menos.)

EUGE. ¡Hola, egregia matrona!

PEPA Ante todo, perdone la antesala. Ordenó la señora no recibir a nadie.

EUGE. *(Iniciando el mutis.)* Pues aquí sobra uno...

PEPA *(Interponiéndose.)* Ni pensarlo. Demasiado sabemos que la orden no reza con usté. ¿Quién podía esperarle?

EUGE. Es verdad. Llegué anoche. No avisé mi regreso

PEPA De la mano de Dios llega usté hoy a esta casa.

EUGE. ¿Y eso? ¿Pasa algo grave?

PEPA Lo que pasa puede usté suponerlo. Que nos hundimos, don Eugenio del alma. Que esto toca a su fin. Que ya graznan los cuervos.

EUGE. Algo menos será. Siempre fué achaque tuyo ese afán de abultar.

PEPA Pues, ¡menudo es el bulto que tenemos ahí dentro! *(Señala adonde están Doña Angeles y don Leandro.)*

EUGE. El administrador.
PEPA Ya ve usté, ¡sin nombrarle se adivina quién es!
EUGE. Algo me han dicho ya.
PEPA Como usté no intervenga...
EUGE. ¡Yo! ¿A título de qué?
PEPA No entra un hombre en la casa más amigo que usté. Aquí todos le quieren. Don Eugenio, ¡por Dios! eche usté una manita o esto da un estallido.
EUGE. Pero a mí... ¿quién me llama?
PEPA Le llamo yo, ¡canastos! No soy nadie en la casa; pero les quiero a todos tanto o más que a mi vida. Ni usté ni yo podemos consentir lo que ocurre. Aquí hace falta un hombre...
EUGE. Ama Pepa, con ese mismo título he visto yo un sainete.
PEPA. Bromas, no, don Eugenio. ¿Nos va usté a abandonar en este trance? Vea usté a la señora. Ella le explicará... Yo se lo pido de rodillas, si quiere.
EUGE. *(Disuadiéndola.)* Bueno, bueno, Ama Pepa. Ya veré, yo, si puedo ahuyentar el nublado.

(Entra, resuelta, por el foro Mari Tere, hija de doña Angeles. Veintidós años. Desenvuelta, inquieta. Lleva traje de calle. Viene cargada de paquetes.)
TERE. Descárgame, Ama Pepa.
PEPA. Ya llegó el mercancías. *(Va cogiéndole cosas.)*
EUGE. El expreso de lujo.
TERE. Pero, ¿eres, tú, Eugenito! ¡Qué sorpresa encontrarte! Así que suelte el lastre, voy a darte un abrazo.
EUGE. ¿Ayudo?
TERE. No hace falta.
PEPA *(Mientras recoge.)* Los Almacenes Madrid.

TERE. Toma y calla, gruñona. Sube y déjalo arriba.

PEPA *(Después de tomar el último paquete. Subiendo la escalera.)* ¿Lo ve usté, don Eugenio? Aquí hace falta un hombre. *(Vase.)*

TERE. *(Abrazando a Eugenio.)* Mejor que êste, ninguno.

EUGE. Gracias por la lisonja.

TERE. Te van bien los viajes. Cada vez que regresas vienes con mejor tipo; más guapo, y más joven. ¿Es algún específico extranjero?

EUGE. Son tus ojos amables, Mari Tere. Yo estoy, ya, «deplacé».

TERE. ¡Si estáis de última moda los pollos otoñales!... A saber cuántas «misses», «demoiselles», «fraulеins» y «signoritas» dejarás suspirantes.

EUGE. Por favor, Mari Tere...

TERE. ¿De dónde vienes? Cuenta.

EUGE. Un circuito corto: Nápoles, Roma, Génova, Interlaken, París...

TERE. ¿No has encontrado a Luci?

EUGE. ¿Dónde?

TERE. En París.

EUGE. ¡Está en París tu hermana!

TERE. Hasta hace cuatro días. Ahora está en Barcelona. Desde anteayer estamos esperándola. No sé qué la detiene.

EUGE. Lo ignoraba.

TERE. Fué, con otras doctoras españolas, en viaje de estudios. Lo ganó en un concurso.

EUGE. Me parece admirable. Cuando vuelva, vendré a felicitarla. ¿Y tú? ¿De dónde vienes?

TERE. ¿No lo has visto? De compras.

EUGE. ¿El «trouseaux»?

TERE. ¡El delirio! Primero, los sombreros; el modisto, después. ¡Vaya modelos! Un sueño, Eugenio, un sueño. Me he quedado tres trajes: uno de noche, azul, que es una maravilla; otro, ale-

gre, de playa, delicioso de línea. Y un trotón con un «chic» inimitable. Desde allí, al Ideal, a recoger a Alvaro, para nuestro diario paseíto. Luego a tiendas. En cada escaparate hay una tentación...

EUGE. Pues si ese paseíto, como dices, se repite a diario, compadezco a tu novio.

TERE. Pero, ¿es posible que seas tan ingenuo? Todo lo pago yo. El lleva la cartera, por mejor parecer... Pero el dinero es mío.

EUGE. ¿También eso está en moda?

TERE. Si no es así, ¡cualquier pollo se casa, viéndonos gastar tanto!

(Salen, por la izquierda, doña Angeles y don Leandro, terminando su conversación.)

ANGE. Que no me olvide usted.

LEAN. No. Mañana sin falta.

TERE. Buenos días, mamuchi. *(Va a besarla.)*

ANGE. ¡Ya era hora que te viera!

TERE. *(Por Eugenio.)* Repara qué visita.

ANGE. ¡Eugenio! ¿Tú? ¿Cuándo viniste?

EUGE. Anoche. *(Se saludan afectuosamente.)*

LEAN. Con permiso de los señores, yo voy a mis asuntos.

ANGE. Sí, vaya, vaya. Y no olvide que, antes del mediodía...

LEAN. Todo se hará como la señora manda. *(Vase sin que nadie se preocupe de despedirle. Eugenio le ha mirado con mal disimulado disgusto.)*

ANGE. Cuánta alegría tengo de verte por aquí. Te habrán dicho que Luci...

EUGE. Marí Tere me lo ha contado todo.

TERE. Marí Tere se eclipsa. Ya tenéis compañía. Voy a gozar del baño que, Ama Pepa, tendrá de fijo a punto por si llega mi hermana.

ANGE. Entreténla contigo. Que no baje. Quiero hablar con Eugenio un rato a solas.

TERE. Veré de conseguirlo. Si le da por gruñir, no hay nadie que la aguante. *(Sube por la escalera de la izquierda.)*

ANGE. Perdona, amigo Eugenio, que prescinda de preguntarte detalles del viaje. Por fortuna, te veo sano y fuerte. Yo, en cambio...

EUGE. Sé muy bien lo que te pasa.

ANGE. ¿Te llevaron el cuento?

EUGE. Por propia iniciativa me he enterado de todo, antes de entrar aquí. Sabes cuánto os aprecio.

ANGE. Lo sé.

EUGE. Vivís solas; no tenéis quien os guíe ni os proteja. Por mi amistad leal, debo estar vigilante. ¿Qué pretende el bandido del administrador?

ANGE. ¡Hombre! ¿Bandido?

EUGE. Sí: bandido. Me consta.

ANGE. Me dejas aterrada.

EUGE. No es caso de aterrarse, sino de ganar tiempo y cortarle el camino. ¿Qué nueva martingala acaba de intentar para expoliarte?

ANGE. Pues... verás... ¡No vuelvo de mi espanto!

EUGE. Es preciso que vuelvas. Mañana será tarde. Por fortuna, me he presentado a tiempo. Habla y no ocultes nada.

ANGE. Lucí está de regreso. He de montarle clínica. Mari Tere se casa. Carlitos...

EUGE. De Carlitos no me digas. Sé tanto como tú, si no más.

ANGE. *(Asustada.)* ¿Le ocurre algo al hijo de mi alma?

EUGE. Puedes estar tranquila. En Madrid le dejé sano y contento. Ese va de mi cuenta. Sigue, acaba

ANGE. Hace falta dinero. Mucho... ¡mucho!... Me horroriza pensarlo. No encuentro solución. Ren-

tas, cosechas... Don Leandro me tiene anticipado...

EUGE. Primero te lo roba y después te lo «anticipa». Es burda la jugada. Y ahora, ¿quiere?...

ANGE. Propone una hipoteca sobre esta finca... *(Solloza.)*

EUGE. Y tú, ¿accedes?

ANGE. ¿Qué hacer? Es un compás de espera. Que no sepan mis hijos lo que pasa. Yo prefiero morir a confesarles que, por quererles tanto, por no negarles nada, he dejado llegar esta ruina. *(Llora silenciosamente.)*

EUGE. Nada salvan las lágrimas. ¿Tienes reparo alguno en mostrarme tus cuentas? Veremos si entre enredos y marañas cazamos a ese zorro.

ANGE. Eugenio, si lo hicieras... Pide el alma, la vida... Ni con eso te podría pagar...

EUGE. A nada de eso aspiro. Vamos, que el tiempo apremia.

ANGE. Mándame y te obedezco. *(Vuelve a llorar mansamente.)*

EUGE. Pero alegre, sin lágrimas.

ANGE. ¡Ay, hijos de mi vida!... Eugenio, sálvales...

EUGE. *(Abrazándola suavemente, mientras van hacia la puerta izquierda.)* Madre ciega... madre consentidora... madre confiada... *(Vanse.)*

(Oyese la sonería de un reloj mural. Abrese, poco a poco, la puerta del centro y entra Luci, con precauciones, para cerciorarse de que no hay nadie. Es la doctora una muchacha elegante, simpática y bella; muy femenina. Viste traje de viaje y lleva, en la mano, el pequeño maletín de aseo. Habla, desde la puerta, a Rafael, que no ha salido todavía.)

LUCI. Tal como yo quería. Pasa, Rafael. No hay na-

die. *(Entra Rafael. De la misma edad que Luci. Correcto y serio.)* Y tú, Juanita; como des el alerta, te pongo a pan y agua. *(Avanza Luci. Rafael queda junto a la puerta indeciso, respetuoso, cohibido. Sigue, Luci, después de hondo suspiro.)* ¡Por fin!... No puedes figurarte cómo es dulce y es honda la emoción de llegar a mi casa y de encontrarme en ella tan asolas contigo. ¡He deseado tanto este momento!

RAFA. *(Después de una leve ojeada.)* ¿No te esperan?

LUCI. Sin duda me esperaban. Fíjate en esas flores. Mi Ama Pepa las puso recordando que son mis preferidas. Pero, en mi casa, ignoran que vine en automóvil. Ya no es hora de tren. Tal vez estén comiendo.

RAFA. Lo lógico es que sufran la inquietud de no verte.

LUCI. Ya les resarciré con mis caricias. *(Pensando intensamente.)* Este instante divino, este intenso placer nunca gustado, no puede compartirse; es sólo nuestro. ¿Verdad, mi Rafael?

RAFA. *(Asintiendo.)* Verdad, mi vida.

LUCI. Yo quiero que gocemos, plenamente, este primer instante de dulce soledad junto al remanso claro.

RAFA. Me enamora escucharte.

LUCI. Porque mi voz es eco de tu propio pensar. Regresamos cansados de tanto panorama no sentido; del desfile de rostros que presumes no volver a ver más. Vagones, autobuses, taxis, cafés, fondas... Todo inestable, todo pasajero.

RAFA. Exacto... exacto...

LUCI. Hoy, ¡al fin!, respiramos nuestro ambiente. ¡Vaho de nuestra tierra, fuego de nuestro sol, brisa de nuestro mar!...

RAFA. *(Sonriendo.)* ¡Doctora en poesía!

LUCI. Sí, sí... Nosotros somos... «más» nosotros mismos.

Somos «todo» nosotros. ¡Es glorioso este instante!

RAFA. Con las glorias se olvidan las memorias. Piensa en los tuyos, Luci. Estarán angustiados por no saber de ti.

LUCI. *(La impresiona el recuerdo con que Rafael ha cortado el vuelo de su oración. Refrena su entusiasmo. Enfría su cálido acento. Habla algo más despacio. Se la ve contrariada.)* Agradezco tu afán para los míos. Tienes buen corazón. Pero... no sé qué sensación extraña me produce tu tono de reconvención afectuosa y tu rara actitud de persona advertida para quedar al margen...

RAFA. ¡Qué dices!... No hay motivo para ese brusco cambio. Porque yo me sienta dichoso, saturado de ti, ¿debo ser egoísta? Tu madre, tus hermanos, tienen derecho a ti.

LUCI. Mi afecto familiar, sola yo lo administro. Di, con más claridad, que, desde que has entrado en esta casa, una fuerza imprevista te enlaza, te cohibe... tira de ti.

RAFA. ¡Ay, doctora, doctora... mi doctora! ¡Qué bien diagnosticas los estados mentales!

LUCI. Matrícula de honor.

RAFA. Pero, aquí, el propio enfermo conoce bien su mal. Es innegable, es cierto, que, en este ambiente amable de tu casa, yo no me siento «injerto», sino «intruso»... enquistado.

LUCI. Vienes «en mí» y conmigo.

RAFA. Vengo a una casa de mujeres solas; y una mujer me trae de la mano. Yo soy de cuna humilde; tu casa es de otro rango.

LUCI. De ese asunto ya hablamos muchas veces. ¿Puedes tú, tan moderno y comprensivo, mezclar en nuestro amor un problema de clases?

RAFA. No, Luci; no es problema. Es un impulso de

propia dignidad. Yo agradezco infinito la igualdad que me brindas. Pero hallo más viril obtenerla con mi propio esfuerzo. Y estos, techo y paredes, que guardan el encanto de tu íntima vida, aún más que mi querer, aumentan mi respeto. Porque esa felicidad no la he ganado yo todavía. Tú no debes quererme, indelicado, viéndome venir a recogerla en una casa de mujeres solas.

LUCI. Olvidas tus trofeos, por la prisa en cubrir la retirada. Mi amor y tu victoria ya están, por ti, ganados hace días con talento, y por puños. ¡Como un hombre! ¿Recuerdas, Rafael, cómo nos conocimos?

RAFA. Como si fuera ahora. En Madrid, durante el doctorado, asistiendo a una fiesta en nuestra residencia de estudiantes.

LUCI. No olvides los detalles. Se desbordó, copiosa, la alegría. Reíamos, nosotras, con el menor motivo. Os mostrabais, vosotros, más galantes. Y surgió el aguafiestas; aquel ineducado que levantó su copa para brindar un beso a la mujer preferida y deseada. Alguien rió la audacia. El avanzó, alentado. Busqué con la mirada y sólo vi, en torno, caras estúpidas, sonrisitas burlonas...

RAFA. Basta, ya, Luci. Un puñetazo a tiempo no merece tan grande panegírico.

LUCI. Pues no fué el gesto bravo, que agradecí muchísimo, lo que llevó mi alma a fundirse en la tuya. Fué aquel tono sereno, reposado y cortés de tu respuesta, cuando estrechaste mi mano: —«De nada, señorita»... La voz y el ademán, aunque correctos, demostraban tu estado: indiferencia.

RAFA. Medí bien la distancia.

LUCI. No sólo la mediste; la aumentaste. Noté que me esquivabas; y, a veces, que me huías.

RAFA. *(Sonriendo.) No* tanto...; tú eres rica; yo, no; con la esperanza de poder ofrecerte...

LUCI. Eres, tú, a quien yo quiero. ¿Para qué más ofertas?

RAFA. Pero, ¿soy, yo, un Don Lindo bien dispuesto a dejarse querer?

LUCI. ¿Quién dijo eso? Yo en nada te ofendí

RAFA. Mi Luci, mi adorable compañera, mi encanto, mi ilusión...

LUCI. Eso decías, «sotto voce», en París... y durante el viaje...

RAFA. Y lo diré después.

LUCI. ¿Después? ¿Cuándo?

RAFA. Cuando pueda.

LUCI. ¿Quien te lo impide ahora?

RAFA. Antes lo adivinaste: una fuerza imprevista. Déjame que la venza. No conozco a los tuyos. Aún no sabe tu madre que tienes relaciones.

LUCI. Pero, ¡si ella querrá lo que yo quiera!...

RAFA. No te enfades. Así que te serenes, me darás la razón. Mi obligación es irme, antes de que me vean. Tú hablarás con los tuyos. Yo volveré, dichoso, cuando deba volver.

LUCI. Volverás... las espaldas.

RAFA. Eres injusta, Luci.

LUCI. Soy...

RAFA. Ya lo he dicho. Pero, a pesar de todo. óyelo bien: Te quiero.

LUCI. *(Con voz reprimida).* ¡Mentira!

RAFA. *(Dolorido).* Tú qué sabes... Te ha excitado este ambiente. Te quiero y te querré con toda el alma.

LUCI. ¡Mentira!

RAFA. Es forzoso acabar. Adiós. Dentro de poco me juzgarás mejor. *(Inicia el mutis.)*

LUCI. *(Siempre en voz baja, viéndole ir y sin moverse de donde está.)* ¡Mentira!... *(Rafael ha marchado por la puerta del centro. Luci ha quedado deesperanzada; poco falta para echarse a llorar. Con el natural esfuerzo, procura recobrar el dominio de sus nervios. Serena su rostro. Dispónese a hacer frente a los acontecimientos y llama en voz alta.)*

LUCI. Ama Pepa... Mamita... Mari Tere. .

(Cuando Luci avanza hacia la puerta izquierda, doña Angeles sale a su encuentro. Eugenio queda en el dintel.)

ANGE. Es ella; no podía engañarme. *(Abrazándola y besándola.)* ¿Cómo estás, hija mía?

LUCI. Perfectamente. ¿Y tú, amita guaga?

ANGE. ¿Cómo he de estar? Penando hace tres días, sin noticias de ti... ¿Cuándo y cómo has venido?

LUCI. Es largo de contar. Hay tiempo. *(Tendiendo la mano a Eugenio.)* Y tú, judío errante, ¿de dónde te apareces? No esperaba encontrarte.

EUGE. Pues, en París estaba.

LUCI. ¡En París!

EUGE. No nos vimos, y estábamos bien cerca. Si yo hubiera sabido...

(Aparece, en lo alto de la escalera, Ama Pepa, con grandes demostraciones de júbilo.)

PEPA. ¡Ay que sí, que sí que es... que sí que es mi doctora!...

LUCI. Despacito, Ama Pepa. *(Marcha a su encuentro para ayudarla a bajar.)*

PEPA. Déjame que me cobre los besos que me debes *(Sigue besándola.)*

LUCI. ¡Mi Ama Pepa, mi vieja!...

EUGE. *(En voz baja a Angeles, aprovechando la efusión de Luci y Pepa.)* Ni una palabra a Luci.

ANGE. Entendido. Descansa.

LUCI. ¿Dónde está Mari Tere?

PEPA. ¿Tu hermana, la princesa? Aprovechando el baño que, Ama Pepa, tenía preparado a su pichona.

LUCI. Buena falta me hace. Estoy en turno.

ANGE. Tenlo a punto, Ama Pepa.

PEPA Así que se despida don Leandro. *(Mirando a la izquierda.)* ¿Qué no piensa marcharse?

ANGE. ¡Pues sí que estás, tú, fresca! Se marchó hace media hora.

PEPA. ¡Que se fué! Mi señor don Eugenio, ¿lo ha dejado marchar?

EUGE. ¿Para qué detenerle?

P163 ¿Sin oír el canario?

LUCI. ¿Qué canario?

ANGE. *(A Luci.)* Hoy está tu Ama Pepa como loca de atar.

PEPA. Después de tanto alpiste! Y, ahora, querrá volar. ¡Pues sí que me he metido en un fregado! Voy a ver si lo suelto. *(Vase hacia la derecha.)*

LUCI. Ama Pepa: ¿qué tienes?

PEPA *(Desde la puerta tranquilizándola.)* Poquita cosa: la cabeza a pájaros. *(Vase.)*

NGE. Voy, en un momento, a recoger papeles...

UCI. Déjate de papeles. *(Quiere retenerla.)*

NGE. *(Desasiéndose, después de un beso.)* Si no es más que un minuto. Al punto salgo. *(Vase por la izquierda. Han quedado solos Luci y Eugenio. Luci se sienta.)*

UCI. ¡Ay, qué ganas tenía de sentirme y sentarme en mi casa! ¿No te sientas?

UGE. Gracias. Haré mutis muy pronto. Necesitas descanso.

LUCI. No lo sabes, tú, bien. ¡Cuántas veces, en ruta —trenes, hoteles, autos—, me he acordado de ti!

EUGE. Bendigo mi fortuna.

LUCI. Haces bien, ya que con ella satisfaces tu afán de viajar.

EUGE. Yo no me refería a mi dinero.

LUCI. Yo, sí, caballero galante. Yo he pensado mil veces: ¿Cómo a Eugenio no le rinde el cansancio? Alguna que otra vez, un viajecito, recrea, tonifica, ilustra y estimula. Pero, ¡siempre corriendo, sin llegar a una meta!...

EUGE. ¡Me dejas asombrado! ¿Puede, a ti, interesarte que yo llegue a algún sitio?

LUCI. Que llegues donde quieras. Y que «quieras» llegar. Y que llegues a tiempo y, además, sin cansancio. ¿A qué viene ese asombro?

EUGE. No esperaba de nadie un interés, así, tan... desinteresado.

LUCI. *(Con naturalidad, sin asomo de coquetería.)* ¿Ni de mí?

EUGE. Claro está. ¿En qué motivos fundar esa excepción?

LUCI. Precisamente porque soy excepción entre los míos. Me encantan el estudio y el trabajo. Tú hiciste, como yo, cuando eras joven.

EUGE. *(Humorísticamente.)* Los tiempos remotísimos que Mari Castaña imponía, en su corte, el miriñaque.

LUCI. *(Riendo.)* Te ha fallado el recurso. Dices eso para que yo replique: —«Quita allá, criatura. ¡Si está hecho un galán!»... Pero, ya ves: me callo.

EUGE. Tú te lo dices todo.

LUCI. Yo te estimo y te admiro en todo lo que vales. Me interesa tu vida, como ejemplo. Sabías que eras rico y trabajaste. Ni perezoso, ni holgazán ni vago; sino activo, emprendedor, constante. Llega un día que dices: «¡Lock out» a los n

gocios!» Liquidas, cierras; y en vez de reclinarte sobre un nido de plumas, de rendirte a un arrullo de amor...

EUGE. Poesía bucólica.

LUCI. Dromomanía aguda. Te vas a correr mundo, solo *(rectificándose)* Digo, si es que vas solo... A ver si yo, ignorante de íntimos pormenores...

EUGE. «Soltero y solo en la vida», como la cancioncilla callejera.

LUCI. Entonces...

EUGE. ¿Entiendes que debiera buscar amor, descanso?

LUCI. Yo así lo hubiera hecho.

EUGE. Tú, lo harás. Yo celebro que mi ejemplo te sirva de experiencia. Para mí pasó el tiempo. Para tí cuenta ahora. ¿Cómo está el corazón? ¿Ocupado?... ¿Vacío?...

LUCI. *(Después de pensarlo brevemente).* Desahuciado.

EUGE. ¡Otra revelación! Pero, ¿había inquilino?

(Sale doña Angeles por la izquierda.)

ANGE. Ya está todo en su sitio.

LUCI. *(Aprovechando la coyuntura para no proseguir la conversación, va hacia su madre, a la que abraza y besa nuevamente.)* Perdóname, mamita, si declaro mi asombro ante esta novedad operada durante mi viaje. ¡Tú, ordenada, metódica, archivera!

ANGE. Cuando se tiene en casa una doctora todo debe estar limpio.

EUGE. Os dejo. Doctorcita: bien venida *(Le da la mano.)* Ya vendré por aquí. Me interesa el temita de antes. *(Dando la mano a Angeles.)* Angeles: a tus órdenes.

ANGE. Eugenio: bien llegado a esta casa, que es tuya.

EUGE. Como lo mío es vuestro.

ANGE. Que no tardes.

LUCI. Adiós, «Oriente Exprés».

EUGE. Yo ya voy «a cochera». Tú despegas ahora...

LUCI. Ya te he dicho que falla ese recurso. No he de echarte piropos. No te canses.

(Eugenio hace un gesto expresivo de resignación y conformidad; y sin dejar esta ligera nota de elegante comicidad, saluda ceremoniosamente y se retira por la puerta del centro.)

ANGE. Es todo un caballero.

LUCI. Un caballero «andante». Nunca para.

ANGE. Tú le tratas con un tonillo irónico...

LUCI. No es cierto. Yo le estimo sincera y lealmente.

ANGE. ¡Ojalá, en esta casa tuviéramos un hombre de su modo de ser!

LUCI. ¡Que no estuviera en casa nunca! Bien estamos solitas por ahora. Mejor solas que... aunque el refrán se tuerza..., mejor solas que «bien» acompañadas.

(Sale por la derecha Ama Pepa con azoramiento que no puede disimular.)

PEPA. Señoritas: Ya no puedo aguantarle. El canario se escapa.

LUCI. Pero ¿qué lío es ese del canario?

PEPA. El señor Camarada. Yo quería evitar que ustedes le vieran; pero ya es imposible.

(Sale por la derecha Salomón. Se nota que ha bebido algo más de la cuenta, por el desembarazo en palabras y ademanes. Pero no es una borracheras de las que traban la lengua y hacen balancear el cuerpo. Salomón está firme. Habla claro y un poquitín reposado.

Se escucha; cree hablar muy bien y ser muy diplomático. Eso es todo.)

SALO. *(A Ama Pepa.)* ¡Creo que ya está bien! ¿O es que estoy de quincena? *(Por Luci y doña Angeles.)* ¿Son, aquí, las...?

PEPA *(Interviniendo.)* Las señoras; mis amas. *(Luci y Angeles se miran y miran a Pepa, tratando de explicarse la presencia de este hombre a quien no conocen.)*

LUCI. *(A Angeles.)* ¿Quién es este sujeto?

ANGE. No le he visto en mi vida.

SALO. Cédula no gasto. Pero tengo «carné», que lo puedo enseñar.

PEPA Este joven ha venido de Bétera. Es novio de Marieta la del Tío Panolla, el casero.

ANGE. ¡Acabáramos!

LUCI ¿Y qué es lo que desea?

SALO. Yo venía a las malas...

LUCI. ¡A las malas! ¿Qué es eso?

ANGE. Luci, ¡por Dios, prudencia!

PEPA. Oye, tú, camarada. Si asustas a la niña, ¡te estropeo el «carné».

SALO. Después que, aqui *(por Pepa)*, la amiga, me ha hecho ver la verdad, las cosas cambian. Todos somos iguales.

LUCI. ¿En qué somos iguales?

PEPA. En la misma desgracia.

LUCI. *(A su madre.)* ¿La desgracia de qué?

SALO. De los dientes del zorro, de las alas del cuervo...

LUCI. Pero, habla tú, mamita, ¿qué ocurre en esta casa, que no acierto a comprender?

SALO. Que el administrador les roba a ustedes y roba a los del campo.

ANGE. ¿Quién puede probar eso?

SALO. Salomón; que soy yo. ¡Más serio que Pamplinas y más «templao» que «Duglas»!

LUCI. Ama Pepa: A ver si acaba esto. No puedo resistir esta escenita con los nervios de punta.

PEPA Arrea, Salomón. La Doctora se enfada. *(Intentando llevárselo.)*

SALO. Pero si yo no ofendo más que al tío ladrón...

ANGE. Vuelva a venir mañana y todo estará a punto y liquidado.

LUCI. Si tiene usted derecho, se le paga, y asunto concluído.

PEPA Canario: ahueca el ala. *(Sigue llevándoselo.)*

SALO. Está bien... Disimulen... Yo respeto a los buenos... Yo soy un camarada.

PEPA Tú eres un camarada con el «carné» de pelma. Vamos, hombre, acabemos. *(Ha conseguido llevárselo por la puerta del foro. Cuando quedan solas, Luci y Angeles, aquélla ha ido hacia la puerta, y su madre, impotente para contener el dolor y la vergüenza, rompe a llorar amampliamente.)*

LUCI. ¿Por qué lloras, mamá? ¿A qué obedece esto?

ANGE. Perdóname, Luci, hijita de mi alma.

LUCI. *(Con ternura, pero con entereza.)* ¿Perdonarte? ¿Qué te he de perdonar? Explícate. ¿Qué pasa?

ANGE. ¿No lo comprendes, hija mía?

LUCI. *(Vacilando.)* No acierto a comprender... ¿Nos han arruinado?... Habla pronto y concreta. No vaciles.

ANGE. *(Dominándose.)* Arruinado, no.

LUCI. Di la verdad.

ANGE. No; todavía no. Pero... tenemos deudas. Ahora acabas de verlo: nos robaban. Las fincas están cargadas de hipotecas. Tiempo hace ya, que las rentas no bastan a cubrir nuestros gastos. *(Sigue sollozando.)* Perdóname, hija mía. No he sabido negaros nada de cuanto habéis pedido...

LUCI. *(Con dulce reproche.)* ¡Mamá!...

ANGE. Os quiero demasiado... Hubiera dado mi vida porque nada recelarais. Nunca pude pensar que llegara esta pena. No me culpes a mí, doctora de mi alma.

LUCI. *(Siempre indulgente y amorosa.)* ¿Quién te culpó jamás?

ANGE. Soy mujer... Dejé la hacienda en manos del administrador, de los arrendadores... Y todos abusaron. Compréndelo, mi Luci: ¡Somos mujeres solas!...

LUCI. *(Abrazándola con arrebato.)* Y ¿qué importa? No llores, madre mía. Estoy yo aquí, a tu lado. Tengo armas ahora, que antes no tenía. Parece que el decir «Mujeres solas» sea una maldición. Los malos se aprovechan. Los buenos... por «respeto», por «el buen parecer»... creyendo hacer un bien, nos abandonan...

ANGE. ¿Quiénes son? ¡No te entiendo!

LUCI. Ya lo sabrás. Pero, ahora, yo te digo: Ponte en pie, madre mía. No tengas miedo a nada; yo te ayudo. Haremos frente a todo; y, si es preciso... «a todos». ¡Verás cómo vencemos! ¿Mujeres solas? Sí; mujeres solas. Sin fuerza, sin auxilio, sin amparo... No lo mendigaré de ningún hombre. Vamos a demostrar en adelante cómo pueden vencer «mujeres solas», si, contra la maldad y la injusticia, se enfrentan con la vida cara a cara.

TELON

ACTO SEGUNDO

Planta baja en la Masía del Pinatar, con más apariencias de casona labradora que de «chalet» moderno. Podrá verse el huerto en cuanto abran la puerta del foro. Allá donde convenga, para mejor visualidad de la escenografía, grandes puertas y ventanales. Aspecto limpio, alegre y, sobre todo, simpático. Pocos muebles y muy sencillos; un sofá, unas sillas, unos maceteros, unas cortinas de cretona.

Luci y Ama Pepa, bajo la dirección de la primera, ordenan los muebles en la forma que resulte más cómoda y agradable a la vista.

Salomón, encaramado en lo alto de una escalera, cuídase de instalar la luz artificial, pues no en balde se tiene por perito electricista.

LUCI. *(A Ama Pepa, que la ayuda a llevar el sofá.)* Vamos a ponerlo, aquí, esquinado; se ve mejor... *(Ha tenido otra idea.)* Espera, espera... Déjalo en tierra. Trae aquel macetero. *(Ama Pepa va haciendo lo que le ordenan.)* Detrás del sofá, cubriendo el rincón, va resultar, ¡pero que muy decorativo!... Ponlo allí.

PEPA. No lo va a ver nadie.

LUCI. Pero sostendrá una planta de grandes hojas; y eso adorna muchísimo.

PEPA Sí, sí... Adorna y molesta, arañando la cara a las visitas.

LUCI. Pues mejor. Así se irán pronto. Eso si vienen. Porque, hacer, no hacen ninguna falta. *(Siguen hablando mientras colocan sillas, etc.)*

PEPA . Alguna puede haber que te interese.

LUCI. No será de sofá.

PEPA. Ya, ya... ¡De mecedora!

LUCI. Y diga usted, Agustín...

SALO. Mándeme.

LUCI. ¿Está usted seguro, seguro, seguro, de que tendremos luz esta noche?

SALO. *(Con el aplomo que es en él característico.)* Usté la tiene siempre; y, además, alumbra lo que le rodea.

PEPA ¿Qué te ha parecido? Hay o no hay categoría?

LUCI. Agradecidísima. Es usted el «Turiddu», de «Cavalleria rusticana».

SALO. No he visto esa película.

PEPA. Di más bien, que es el de la copla.

LUCI. ¿Cuál copla?

SALO. ¡Aleluya tenemos! *(Interrumpe el trabajo para oírla.)*

PEPA. Aquella que dice :

No te fíes de los hombres
aunque los veas llorar;
que son como los tomates,
que vienen por «temporás».

SALO. «Y al estribillo:
Una pulga saltando,
rompió un lebrillo.»

LUCI. Tiene razón Agustín. ¿A qué viene tu copla? Ni él llora, ni viene como los tomates, ni...

PEPA. Pero tonta será la mujer que se fíe... El día que le conocimos, engatusó a Juanita, la donce-

lla; a Marieta, la casera, ¡no digamos!... Y todavía le queda una flor para ponerla en lo alto.

SALO. Para «echarla» desde lo alto...

PEPA. Yo se ve que has subido. *(Se refiere a la escalera.)*

SALO. Para echarla, decía, al paso de quien lo merezca; si se ve que hay talento y gracia. *(Sigue haciendo su trabajo junto al techo.)*

LUCI. *(Gratamente sorprendida.)* Agustín: me tiene usted confusa. ¿Dónde ha aprendido usted tanta lisonja?

PEPA ¿Dónde ha de ser más que en el cine? ¡No ves que va a diario?

LUCI. Otros y «otras» van, y sólo aprenden lo malo.

SALO. Muchas gracias, doctora.

PEPA «Señora» doctora.

SALO. Doctora ya lo es todo. ¿Verdad, doctora Luci?

LUCI. *(Cada vez más admirada y atraída.)* Verdad, don Agustín.

SALO. Sin don, sin don. Me estorba para subir esta escalera.

PEPA No hay quien le haga decir, al condenado, ni señora, ni ama. Y señora se nace.

SALO. (*Siguiendo su faena y sin dar gran importancia a lo que dice.*) Eso era antes. Hoy se nace mujer. Y luego, con estudio y conducta, se consigue el respeto de la gente.

PEPA ¡Que te crees tú eso, Salomón «sindicao»!

SALO. ¿Digo verdad, doctora?

LUCI. Tan verdad dice usted, que ya estoy bien segura de que tendremos luz todas las noches.

SALO. (*Bajando la escalera.*) No asegure usted tanto. Puede fallar la fábrica.

(Entra Juanita por la derecha, muy decidida, creyendo hallar sólo al electricista.)

JUAN. Salomón..., Salomón...

PEPA Esta sí que no falla.

JUAN. ¡Ay!... Perdonen... Creí que estaba solo.

LUCI. (*A* JUANITA, *intencionadamente.*) ¿Y para qué le quieres? ¿Hay alguna avería?

PEPA La va a haber. En cuanto Marieta tenga olfato...

LUCI. Ama Pepa, ¡no metas... la nariz!

JUAN. Ganas de amontonar. Lo que pasa, mi señorita Luci, es que, al ir a tocar la llave de la luz, en mi cuarto, me ha dado el gran mordisco.

PEPA ¿No habrá sido un ratón?

SALO. Es imposible. No hay corriente en la línea. Yo mismo la he cortado.

JUAN. (*Turbada por no saber justificar su presencia.*) Pues... sí, sí..., aquí, en esta mano...

LUCI. (*Sacándola, generosamente, del apuro.*) Vaya usted, Agustín; vaya y arregle eso. Haga que no la muerdan.

(A Salomón le cosquillean unos chistes que no atreve a soltar por respeto a la doctora, y todo se traduce en alguna leve mueca, graciosamente intencionada.)

PEPA Y no la muerdas tú.

LUCI. (*A un tiempo.*) ¡Ama Pepa!

SALO. ¿Me da permiso usted, doctora Luci, para que yo le devuelva la copla?

PEPA Deje usted, señorita. Puede ser que esta noche no haya cine...

LUCI. (*A Salomón.*) En su discreción confío.

PEPA Salomón, desembucha.

SALO. Pues... aquella... (*Con toda la pícara intención posible.*)

«Una vieja, muy vieja,
dijo al pan duro:
—Si te pillara en sopas,
¡yo te aseguro!...»

(LUCI y JUANITA *ríen discretamente.*)

PEPA ¿Y qué? ¿Que has querido llamarme vieja? ¿Y el pan eres tú? Preferible es ser vieja a ser mendrugo. *(Ríen ahora todos; mejor dicho, sonríen; es decir, sin carcajadas.)*

SALO. Con permiso de ustedes, voy a ver si le quito el susto a esta miedosa.

JUAN. Sí, sí... Tómalo a broma. *(Inicia el mutis.)*

LUCI. Diga usted, Agustín, ¿cómo es aquí la corriente?

SALO. ¿La eléctrica? Continua.

LUCI. (*Con intencionada sonrisa.*) ¿Y a mí que me parece que es «alterna»?...

SALO. ¡Alterna! (*Después de una brevísima vacilación, al darse cuenta del doble sentido de la palabra.*) ¡Aaaah!... Sí..., sí... Eso ha tenido gracia.

LUCI. ¿Cree usted?

SALO. Mucha gracia (*mirando a* AMA PEPA), mi «señora» doctora.

(Vanse Juanita y Salomón, mientras una sonrisa franca anima todos los semblantes.)

PEPA Es tuno el «sindicao», ¿verdad, mi niña?

LUCI. No es tuno, que es gracioso, decidido y discreto.

PEPA Se ve que el camarada te ha ganado la vez.

LUCI. Es leal y es simpático.

PEPA ¿Tiene algún parecido con tu doctor?

LUCI. Mi doctor —que no es mío— es raza aparte; es prototipo, es único.

PEPA ¡Ay, ay, ay! Tú le quieres todavía, y haces como que no. *(Se abrazan riéndose.)*

(Mari Tere triste, ojerosa, lacia, ha salido por la izquierda y se detiene a contemplar la escena.)

TERE. Así da gusto. ¿Tenéis buenas noticias?

LUCI. Tenemos fe en nosotras. Y no es poco.

TERE. Ni es mucho.

LUCI. *(Anticipándose a Mari Tere que iba a decir al-*

go desagradable.) ¿Te acuerdas, Ama Pepa, de que a Juanita, la mordieron antes?

PEPA La excusa no es gran cosa para ser doctora. Pero... ¿Me echas?... Me voy.

LUCI. ¡Mujer más recelosa!... *(La va acompañando hacia la puerta de la derecha.)*

PEPA Sí, sí... Yo recelosa. Y mientras, tú, inocente, empujándome, empujándome... *(Y así se marcha Ama Pepa, mientras ríe Luci que, efectivamente, la empuja con suavidad para que se marchase.)*

LUCI *(Volviéndose a su hermana.)* A clara y rasa pocas hay que le ganen.

TERE. Es que tú la consientes con exceso.

LUCI. ¿La consiento y la ausento? Algo mejor merece por adicta y leal. ¡Un puntal de la casa!

TERE. ¡Así quedó la casa, con tan firmes puntales!

LUCI. No quiero contestarte. Rezumas amargura.

TERE. Eso sí que es verdad. He agotado en mi espíritu el afán de vivir.

LUCI ¡Qué dices, majadera! *(Abrazándola y acariciándola con el mayor cariño.)* ¡Pues no ha de enloquecer a pocos hombres y brillar entre miles de mujeres, mi Mari Tere linda!... Trajes, joyas, saraos, cortejos, pretendientes...

TERE. ¡Ay, doctora! No es esa la receta.

LUCI. Nunca sabe el enfermo la verdad de su mal.

TERE. Pero se oyen los pasos cuando llega la muerte.

LUCI. ¿Qué has dicho, mentecata?

TERE. *(Con reprimida violencia, casi agresiva.)* No te burles, hermana.

LUCI. *(Volviendo al tono de fraternal cariño.)* Si no quiero burlarme. Sólo quiero que veas que una contrariedad — la primera y la única, en tu dorada vida de caprichos cumplidos — te trastorna, te aterra...

TERE. Como tú no lo pasas...

LUCI. Pero, ven aquí, tonta... ¿Es que no hay otro otro hombre como tu novio Alvaro?

TERE. Es ese el que yo quiero y el que debe ser mío.

LUCI. Porque debe, te deja. Pagan muy mal los hombres. Y de esa enfermedad tengo yo graves síntomas. *(Un suspiro.)* Debe ser epidemia...

TERE. *(Animándose un poco.)* Tú puedes combatirla... y curarla... y vencerla...

LUCI. ¿Y qué otra cosa hago, desde que volví a casa, sino auscultar, pulsar, intervenir, cortar, vendar heridas y vacunar, en todos, optimismo?...

TERE. Ese proceso es largo. Yo, al menos, no llegaré al fin. No estamos preparadas para una prueba así. La estrechez de esta vida, el recuerdo constante del bienestar perdido...

LUCI. Pues hay que reaccionar. En el alma, más que en el organismo, hay fuerzas de reserva insospechadas. Al choque violento, despiertan, se enderezan, aparecen...

TERE. Ilusiones.

LUCI. Cabalito: Ilusiones. Es lo único que no pudo llevarse don Leandro. Ni el saber adquirido. Comienzo a ser doctora; puedo ganar la vida y fraguar los cimientos de una nueva fortuna.

TERE. Para tí.

LUCI. Para todos. ¿Cuándo fuí yo egoísta?

TERE. Aunque así fuera. ¿Dónde estaría, entonces, Alvaro?

LUCI. ¿Qué más da, si te deja y, además, no merece tu cariño?... Venía por la dote. La perdiste y se fué.

TERE. No; no es él. Es su padre.

LUCI. ¡Buenos están los tiempos para que un muchacho del día no haga lo que le entre en gana!

TERE. Aun así, yo, ¿qué quieres?, le disculpo.

LUCI. ¡Mari Tere!

(Aquí está Carlitos, hermano de las muchachas, y más joven que ambas. No hace falta diseñar su tipo en lo físico, ni en lo moral. Puede tomarse a ciegas de entre los centenares que son fruta del tiempo. Buena ropa, afición al deporte, poco lastre intelectual, desaprensión — tal vez inconsciencia — alguna chispa suelta de cinismo... En fin, él irá hablando, y a medida que hable, iremos conociéndole.)

(Entra por la puerta del centro, no trae buen talante ni cuida de disimularlo. A pesar de todo, su juventud y su hablar desenfadado quitan aspereza a su aburrimiento y enojo.)

CARL. «Requiescat in pace». Digo, buenas tardes.

LUCI. *(Yendo a abrazarle)* ¡Carlitos!

CARL. O buenos días. Ya no sé en qué hora estoy.

LUCI. En la mejor de tu vida: la de besar a tus hermanas, que bien lo merecemos. *(Carlitos se deja besar de ambas.)*

TERE. ¿Y mamá?

CARL. Ha quedado en Valencia; en la Cárcel Modelo. Yo vengo confinado aquí, al penal de Santoña. Digo, no; al de Alcalá de Henares, que es cárcel de mujeres.

TERE. Muy divertida esta visita tuya.

LUCI. Y muy edificante tu vasta erudición penitenciaria. Se ve tu vocación: Filosofía... y Letras. ¿Ya ha pagado mamá, las dos últimas, tuyas, que fueron protestadas?

CARL. «Araca», doctorcita, y esconde el bisturí.

LUCI. Pero... ¿hay otro remedio que cortar por lo sano?

CARL. Hablas como novata. ¿Qué hay de grave en lo mío? Total, sarampión; achaque de muchachos.

TERE. También muy divertida esta consulta médica. Pero, ¿mamá no viene?

CARL. Eugenio la dijo de traerla en su auto, así que despachara unos negocios.

TERE. ¿Y por qué no esperaste?

CARL. Porque vengo de heraldo. Dijo mamá que Eugenio comerá aquí.

TERE. Me alegro. A ver si este destierro se dulcifica un poco.

LUCI. Sí que es de celebrar. Eugenio es un gran hombre, servicial y simpático.

TERE. El único leal.

LUCI. Puedes decirlo; el único. El no huyó de nosotras cuando vió la catástrofe.

CARL. Y espléndido como un Diego Corrientes.

LUCI. ¡Vaya comparación!

CARL. Lo dije por llamarle generoso.

TERE. Tú de ello tienes pruebas, ¿verdad, Carlos?

CARL. Ya yo creo. *(Con entusiasmo).* Una noche, en Madrid, yendo de «farra», nos «metimos» en whiski. ¡Vaya tablón! Subimos a un cacharro que «arreaba» más que un «Dornier»...

LUCI. El vocabulario es cultísimo.

CARL. Cállate tú, «Unamuna». Y aterrizamos en casa de Camorra. ¿Qué digo aterrizamos? «¡Aterrorizamos! Nada más en rotura de vajilla, ochocientas cuarenta...

TERE. ¿Contasteis los pedazos?

CARL. La factura. Ochocientas cuarenta... iba a decir «leandras» o «beatas»; pero puede alarmarse la Doctora.

TERE. *(Riendo a pesar de su tristeza.)* ¡Qué plaga de muchachos!

LUCI. Y Eugenio, ¿con vosotros?

CARL. ¡Ojalá!

TERE. Pues... ¿entonces?

CARL. ¿Entonces? Los otros se najaron, ¡pero que a ciento diez!, dejándome en rehenes. Fué la gran solución.

LUCI. Di la gran granujada.

CARL. Es que falta decir que los del auto se dieron el «morrón». Y quedaron peor que la vajilla. *(Ríe.)*

TERE. Pero, ¿Eugenio?...

CARL. Me salvó del naufragio. Una simple llamada por teléfono al Ritz, y...

LUCI. ¡Oh, qué bochorno!... ¿No había otro camino?...

CARL. El del juzgado.

TERE. Eugenio es de absoluta confianza. Y un favor de esa clase no le causa trastorno.

LUCI. A él no. A nosotras, sí. *(A Carlos).* ¿Mamá sabe eso?

CARL. No hubo tiempo. Me habéis hecho venir a rajatablas.

TERE. Eugenio habrá callado.

CARL. Es todo un caballero.

LUCI. Lo dices tú, que te olvidas de serlo a costa suya.

CARL. *(Amoscado).* ¿Qué has querido decir?

LUCI. He querido decir... he querido decir... *(Se ve que va a estallar su indignación y pugna por contenerse.)*

TERE. ¡Luci!... *(Suplicante.)*

LUCI. *(Ha conseguido dominar su impulso y va a seguir otro camino).* No sé lo que he querido. Te diré lo que quiero. *(Cariñosa).* Quiero, Carlitos, que te des cuenta de que ya eres un hombre.

CARL. ¡Si me lo doy! Lo que hago, ¿no es eso?

LUCI *(Enérgica).* No; no es eso.

CARL. *(A Luci, queriendo desenojarla).* Tranquilízate, hermana. Aquí me va a ser fácil complacerte. Veamos: ¿Qué me das si soy buen chico?

LUCI. ¡Si has de ser tú, el que gane!

CARL. *(Con pícaro mohín de duda).* No está claro el negocio.

TERE. Y tú, ¿qué es lo que aportas?

LUCI. Muy bien dicho. Debiste ser galante. ¡Ni un pequeñín obsequio a tus hermanas!...

CARL. Estoy como los barcos que han navegado mucho.

LUCI. ¿Tumbado al sol?

CARL. No, mujer. Que me han «limpiado los fondos». Pero, aun así, he podido traer...

TERE. Del mal el menos, el niño se acordó.

LUCI. ¿Caramelos? ¿Bombones?

CARL. Más sabroso y mejor. Noticias frescas. ¿A cómo las pagáis?

TERE. ¡Será egoísta!

LUCI. ¿Está bien con un beso?

CARL. Venga el beso. *(Lo recibe).* Primero a tí. *(Por Luci, a la cual se dirige.)* Rafael Casanova... ¿le conoces *(Este nombre sorprende a Luci, absolutamente desprevenida para disimular su emoción. Mari Tere la mira. Carlitos sonríe socarronamente. Bajo la mirada de ambos, Luci, se ve apurada para serenarse.)*

LUCI. ¿El doctor Casanova?

CARL. Bueno... bien. Ayer tarde, en el Wodka, «el doctor Casanova», que quería conocerme, se valió de un amigo para que nos presentaran.

LUCI. *(Inquieta).* Te diría que fuimos compañeros...

TERE. Déjale que se explique.

CARL. Me dijo que eras la Marlene Dietrich de la pantalla médica.

LUCI. No es posible que él se expresara así.

TERE. El elogio es galante. Y muy de agradecer.

CARL. *(A Mari Tere).* Tú eres más de mi cuerda. *(A Luci).* Te puso por las nubes. Y acabó suplicándome le presentara a mamá y a Mari Tere, y te pidiera permiso para venir de visita.

TERE. Cumplido es el Doctor.

LUCI. Sí, muy cumplido. *(A Carlos.)* Y tú, ¿qué contestaste?

CARL. Algo de eso: que, sin tanto romance, aceptara esta casa como suya. Y... aquí está.

LUCI. *(Sobresaltada).* ¿Dónde?

TERE. ¿Le has hecho esperar fuera?

CARL. Se quedó en Villa Troya, asistiendo al pequeño. Vendrá aquí cuando sepa que ha llegado mamá.

TERE. Tu doctor debe hacerse diplomático. ¡Cuidado si respeta el protocolo!...

LUCI. *(Con un suspiro).* Educación de nervios.

(Durante el resto de la escena, Luci acusa la sensación producida por la inesperada noticia y su preocupación por la inminente llegada de Rafael; Carlos actúa inconsciente del efecto que produce en sus hermanas; Mari Tere aumenta su angustiosa tensión.)

CARL. *(A Luci).* Queda el beso pagado. *(A Mari Tere).* Ahora te toca a tí.

TERE. ¿También has visto a Alvaro?

CARL. A distancia. De la fila catorce a la nueve o la diez. El delante. Sala del Capitol. Película alemana doblada en español.

LUCI. ¡Qué lujo de detalles!

TERE. Pero, ¿Alvaro, qué hacía?

CARL. Doblado en alemán.

TERE. Habla en serio.

CARL. En serio, Camelando a la Walkiria.

LUCI. ¿La rubia de «von Polster»? ¿La hija del cepillero?

CARL. La Princesa de las cerdas de oro. Cuatrocientos mil marcos, según la tasación más divulgada.

TERE. Y ella, ¿le hacía caso?

CARL. No entiendo el alemán. No puedo traducirte las intenciones de ella.

LUCI. Ni creo que interesen. Las de él, en español, están bien claras.

TERE. Las de él las sé yo bien.

CARL. Alvaro es un «romántico».

TERE. Carlos: ¡bromitas, no!

CARL. Si no es broma. En la peña le llamar «Don Alvaro o La fuerza del Cine».

LUCI. Del sino.

CARL. Del cine. Porque es allí donde hace la conquista.

TERE. Eso es invención tuya para martirizarme. *(Excitadísima).* Y si fuera verdad, yo lo estropearía. Anda y dilo en la peña.

LUCI. Mari Tere, ¿qué maneras son esas?

TERE. Las que me salen del alma.

CARL. ¡Ah, sí! Pues, aquí sobra uno. *(Inicia el mutis).* No quiero oír tragedias. Prefiero el «vodevil».

LUCI. Ven y calla, muñeco.

CARL. No, no, que me impresiono y lo sueño en la cama. *(Vase por la derecha.)*

TERE. *(Cada vez con mayor excitación).* Déjale que se vaya, con sus cuentos y chismes... y vete tú también, con tu pozo de ciencia... Idos todos, que nadie me hace falta. Yo sé morirme a solas, sin ayuda de nadie... Y sé matar también.

LUCI. Mari Tere, ¿estás loca? ¡Qué palabras!... ¡Qué gestos!... No es tan grave el motivo para ponerte así... ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?... *(Cediendo al tono paternal de Luci, Mari Tere desborda el dolor en los brazos de su hermana.)*

TERE. ¡Ay, Luci de mi vida! Qué desgraciada soy...

LUCI. *(Acariciándola).* Mal de amores. Eterno mal de amores... ¿De qué puede valerme ser doctora, si no acierto a curar lo que más daña?

TERE. *(Después de brevísimo sollozar.)* Sí puedes...

LUCI. ¿Qué dices?

TERE. Que sí puedes. ¡Ay Luci, si quisieras!...

LUCI. ¡Cómo no he de querer! ¿Está en mi mano?...

TERE. Sí, Luci, sí; en tu mano la salvación de mi vida y de mi alma.

LUCI. Me sorprendes; me asustas... ¿Que yo puedo, si quiero?... Serénate y explícate.

TERE. A pesar de que Alvaro no venga, a pesar de los chismes de Carlitos, a pesar...

LUCI. No te esfuerces. Tu caso es de amor ciego. Tal vez no hay otro amor que merezca ese nombre. Le quieres «a pesar de los pesares».

TERE. No es sólo que le quiero. Es que estoy segurísima de que él también me quiere.

LUCI. Demasiada ceguera. Eso es negar la luz, pues bien a plena luz demuestra lo contrario.

TERE. *(Más decidida.)* Pues bien; aunque así sea — que yo sé que no es —, aunque las circunstancias aparezcan confusas, yo te digo que no «puedo» sufrir este abandono, que es «preciso» evitar a todo trance que otra mujer me venza; que necesito de Alvaro como del aire para poder vivir...

LUCI. Pero, ¿es posible tal ceguera de amor?

TERE. Ceguera tuya, que por mucho que abro mi corazón, no ves lo que hay en él.

LUCI. Pero, ¿qué hay? Sepamos...

TERE. Que no debe, ¿comprendes?... que no «debe» casarse si no es con Mari Tere.

LUCI. *(Hondamente turbada.)* ¿Que no debe?... No debe...

TERE. No puedo más... ¡Qué tormento, Dios santo!... *(Llora; parece que va a desplomarse, y Luci la sostiene, hasta que la deja en el sofá, donde Mari Tere sigue llorando, hundida la cabeza entre las manos y apoyados los codos en las rodillas.)*

LUCI. ¿Acaso tú...? ¡Tú!... *(Mari Tere asiente, silenciosa, con movimientos de cabeza. Luci, de pie, a su lado, al cerciorarse de la triste verdad, oculta también el rostro, como espantada, a tiempo que dice)*: ¡Ay, madre mía!

TERE. *(Reaccionando.)* Ahora lo sabes todo. ¿Puedes negarte a prestarme tu auxilio?

LUCI. *(Inconsciente, bajo el peso de la noticia que acaba de saber.)* ¿Mi auxilio?... ¿Necesitas mi auxilio?...

TERE. *(Muy cariñosa.)* Sí, mi Luci querida. La vida de tu hermana depende, ahora, de ti.

LUCI. *(Volviendo a la realidad.)* ¿De mí? Y, ¿qué puedo yo hacer?

TERE. Ayúdame... sálvame... Evítame el bochorno de esta injuria. Si tú quieres, doctora, si tú quieres...

LUCI. *(Como herida en la fibra más sensible.)* ¿Qué vas a proponerme, Mari Tere?

TERE. ¿Y tú qué has sospechado? Yo soy «toda» mujer. ¿Tú sabes lo que es eso? Mujer, mujer, mujer... Y mientras no sientas esta plenitud mía, de la cual no reniego, ¡por doctora que seas, no sabrás ser mujer, con la entereza de esta mujer, que sufre y goza a un tiempo!

Luci, completamente desarmada por la actitud noble y resuelta de su hermana, la acoge en sus brazos.)

LUCI. Mi vida, mi hermanita del alma, discúlpame, perdóname... Hiciste mal; pecaste...

TERE. Sí, pequé...

LUCI. Ante mí te redime la resuelta actitud con que te alejas de un pecado mayor, abominable.

TERE. Defiendo con mi vida esa otra nueva vida que está naciendo en mí.

LUCI. Y tu hermana te dice que el Divino Jesús te perdonaba con más dulce sonrisa, con más intenso amor que perdonó a la pobre Magdalena.

TERE. ¡Doctora, mi doctora; así quería oírte!

LUCI. Así me oirán todos cuando haga falta hablar. ¡Arriba el corazón! Tú tendrás, Mari Tere, por

mí, por mi trabajo, por nuestro amor de hermanas, lo que Alvaro no quiso *(Ante el gesto de contrariedad de Mari Tere.)* o no pudo o no supo poner para salvaros.

TERE. Pero, piensa bien, Luci, que el fruto de tu ciencia — yo sé que vencerás, que serás rica — vendrá a más largo plazo que el agobiador que a mí me aterrra.

LUCI. Es verdad... es verdad... ¿Cómo abreviarlo?

TERE. Una palabra, ¿qué digo una palabra?, una mirada, una sonrisa tuya, darán la solución.

LUCI. No puedo sospechar que hables en broma, y, sin embargo, me has hecho sonreír... ¿Entiendo yo de magia?

TERE. Hoy estás poco lista. Luz de fuera de casa atrae tus ideas.

LUCI. También eso es verdad. Pero, en fin, habla claro. Sacude mi torpeza.

TERE. Cerquita de nosotras, la fortuna puede acudir a tiempo. ¿Hace falta que diga quién la tiene y la guarda?

LUCI. *(Tras brevísima pausa.)* ¿Eugenio?

TERE. Eugenio.

LUCI. *(Sigue semiabstraída.)* Tal vez.

TERE. Seguramente.

LUCI. ¿Y he de ser yo?...

TERE. Fuiste su preferida desde que eras pequeña.

LUCI. Repara, Mari Tere, que esto no es lo de Carlos, que a pesar de ser poco, me abochorna.

TERE. No hará falta pedirlo. Si él oye de tus labios la relación escueta de nuestra situación, espontáneamente se prestará a salvarla.

LUCI. *(Pensando.)* ¿De mis labios?... Qué impreciso temor veo yo en esa idea...

TERE. Si lo enfocas como limpio negocio, cesarán tus repulgos. Ni se vende un derecho, ni se busca.

un regalo. Sencillamente, se concierta un préstamo.

LUCI. Hablas como si fueras un hombre de negocios.

TERE. ¿De qué no entenderá la que se encuentra como me encuentro yo?

LUCI. Tienes razón. Es cierto.

(Salomón, por la puerta de la derecha; lleva una elegante y sencilla lámpara para el centro de la sala.)

SALO. Con permiso. Si no molesto a ustedes, voy a colgar la lámpara en esta habitación.

TERE. *(A Luci.)* Dejémosle a sus anchas. Yo seguiré contándote.

SALO. A mí no me molestan.

LUCI. *(A Salomón.)* Mejor estará solo. *(A Mari Tere.)* Vamos dentro; hablaremos. *(Vanse por la izquierda.)*

SALO. *(Subiendo la escalera, con la lámpara, para seguir su trabajo, va declamando como «ritornello» del agradable suceso en que ha intervenido, esta cancioncilla de ignorada procedencia):*

Al hablar de las mujeres,
dijo el sabio Salomón:
las viuditas son gustosas,
las casadas son *mejor;*
las doncellas son la gloria,
y de sabio es la opinión
que quien tiene una doncella,
sólo piensa... tener dos.

(Por la puerta del foro entran doña Angeles y Eugenio. Llevan ambos algún pequeño paquete, que, oportunamente, reunirá doña Angeles.)

ANGE. Buenos días. Pasa, Eugenio, pasa.

SALO. Buenos días, doña Angeles.

ANGE. ¿Cómo va eso, Agustín? ¿Habrá luz esta noche?

SALO. Antes de un cuarto de hora.

EUGE. Salud, camarada.

SALO. Buenos ojos le vean, don Eugenio.

EUGE. Buenos ojos me han visto. Al entrar, esperaba Marieta. Amigo, ¡guapa moza nos llevamos!...

SALO. Perdone, don Eugenio. Ya sé que es un decir; pero... «nos la llevamos» yo solo.

EUGE. *(Riendo.)* Por supuesto. ¡Así que es usted manco para que se la quiten!...

SALO. ¡Pues sí, que usté es curro!

ANGE. ¡Agustín!...

EUGE. No intervengas; el camarada y yo somos igual de francos.

ANGE. Más vale así. Voy a ver a las niñas y dar estos enredos. *(Recoge los paquetes de Eugenio.)*

EUGE. *(A Salomón, que ha bajado la escalera y mira la lámpara.)* ¿Qué? ¿Cuándo nos casamos?

SALO. ¿Usté o yo?

EUGE. Desatinado estoy. Perdone y no haga caso.

SALO. ¿No lo he de hacer, si es usté la persona más llana y más simpática de la acera de enfrente?

EUGE. ¿De la acera de enfrente? Yo no sabía que éramos de igual calle.

SALO. Usté de la derecha; pero yo de la izquierda.

EUGE. Según por donde se entre, digo yo que será...

SALO. Bien ha estado el retruque. Pero... usté ya me entiende.

EUGE. ¿Cómo van las películas?

SALO. No van mal. Voy mejor yo con ellas.

EUGE. Así trabajé yo. A diario y a gusto.

SALO. Yo bien a gusto estoy, porque enseñar, ense-

ñan... Tengo ya vistas tantas, que a veces me parece que son la vida misma.

EUGE. ¡Buena imaginación!

SALO. Y comparo a las gentes que conozco con las que allí se mueven.

EUGE. Así es que para usted, ¿todos somos peliculeros?

SALO. Actores de la vida. ¿No está bien dicho así?

EUGE. Bien está. Ya me siento curioso. ¿A mí quién me ha tocado en el reparto?

SALO. Para mí, don Eugenio, es Adolfo «Menchú».

EUGE. *(Sonriendo.)* Demasiado galán.

SALO. Mejor que él. Resultan muy simpáticos esos galanes hombres, que yo digo cuajados, y no los pintureros, mírame y no me toques, que se dejan querer...

EUGE. Es muy confortadora semejante opinión. Pero ¡no siendo ellas las que piensen así...!

SALO. ¡Pues no hay pocas películas en que son las mujeres las que van a buscarle!...

EUGE. En película, sí. Creo que están pagadas por un club de solteros ricos y que han pasado de los cincuenta años.

SALO. Eso es broma de usté. Ahora estoy dando una... Se titula... ¡El otoño florido».

EUGE. Sí que es título raro.

SALO. Sale allí una doctora... Es la Norma Shearer... Usted sabe quién digo.

EUGE. Muy linda mujercita y muy discreta artista.

SALO. Yo la encuentro muy fina, y algunas veces brava. La tengo comparada con la doctora Luci.

EUGE. No está mal.

SALO. Verá usté el argumento. Ella quiere a «Menchú», pero no se da cuenta.

EUGE. A ver, a ver, a ver... que no está eso muy claro. El que no se da cuenta, ¿es «Menchú» o la doctora?...

ANGE. *(Sale por la izquierda.)* Luci, que está aseándose, va a salir en seguida. Mari Tere anda un poco malucha.

EUGE. Añoranza amorosa...

ANGE. ¡Pobre hija mía! Es claro. *(A Salomón.)* ¿Quedó lista la lámpara?

SALO. Tanta luz como el día. Basta con dar la llave. *(Hace funcionar el interruptor, donde haya sido instalado, y la luz se enciende, potente y clara.)*

ANGE. ¡Magnífico!

EUGE. ¡Es grande este Agustín! *(Salomón apaga.)*

ANGE. Busque usted a Marieta y vea si están bien los encargos que ustedes me pidieron.

SALO. Claro que estarán bien. ¿No manda nada más?

EUGE. ¿A qué hora empieza el cine?

SALO. A tiempo que anochece.

EUGE. ¿Va «El otoño florido?

SALO. Como quiera usté verlo, no lo empiezo hasta que usté se asome. *(Mutis de Salomón.)*

EUGE. Es listo este buen mozo.

ANGE. Nos ha tomado afecto. Yo le creo leal.

EUGE. Y ocurrrente y discreto, a pesar de criado en terrones. Un tipo muy simpático. ¿Has explicado a Luci?

ANGE. Muy por encima, encima...

EUGE. ¿Qué dijo? ¿Está contenta?

ANGE. Ya puedes figurártelo. No sé cómo he mentido con tan sereno aplomo. ¡Sentía unos deseos de decir la verdad!...

EUGE. No, no. Lo estropeábamos. Que el éxito acompañe a su primera valiente iniciativa de luchar por sí sola. Conozco su carácter tal vez mejor que tú...

ANGE. Pero aunque ella supiera que eres tú quien nos salva...

EUGE. Si ella hubiera querido, me lo hubiera indicado.

(Luci sale por la izquierda más cuidadosamente vestida y tiende la mano a Eugenio.)

LUCI. ¿Me perdonas, Eugenio, lo que te hice esperar?

EUGE. ¿Cómo no? Vale el gusto de verte una espera más larga.

LUCI. Eres siempre galante. No te amarga la vida.

EUGE. «El otoño florido», dijo... no sé qué sabio.

LUCI. Para ti no hay otoño.

EUGE. Eso sí que es galante. ¡Pero hay tantos espejos!... ¿Me permites, doctora, dar un vistazo al coche?

ANGE. Pero, ¿vas a marcharte?

LUCI. Es visita de médico.

EUGE. Hay visitas de médico que pueden ser muy largas.

LUCI. Si el enfermo lo exige...

EUGE. La doctora lo sabe. Pero... en fin, no me voy todavía. Hago que Salomón dé un repasito al auto y me pongo a tus órdenes.

LUCI. Como gustes.

EUGE. No tardo.

(Vase por el foro. Luci acompaña hasta la puerta y vuelve donde está su madre.)

LUCI. ¿Está enterado Eugenio de todo lo que has hecho?

ANGE. Yo no le he dicho nada.

LUCI. Muy bien. Muy bien, mamita. ¿Y él no te ha preguntado?

ANGE. ¿De qué, si nada sabe?

LUCI. ¿Ni recela siquiera?

ANGE. Por más que recelara. Siempre fué tan discreto...

LUCI. Admirable, admirable... ¿Fuiste a nuestro notario?

ANGE. ¿A quién si no?

LUCI. Te dijo que el traspaso de hipotecas era limpio y correcto?

ANGE. Todo está en una mano. Interés reducido. Largo plazo de espera.

LUCI. Don Leandro, ¿qué dijo?

ANGE. Se asustó, amenazó, suplicó... Pero al ver claro el juego, recogió su botín.

LUCI. Bésame. *(Presenta la mejilla para que lo haga.)*

(Por la puerta del foro ha entrado Ama Pepa apresurada y azoradamente. Pero en presencia de la familiar escena efusiva, compone el gesto y dice simulando naturalidad.)

PEPA. He llegado a la hora del reparto.

LUCI. Para ti también hay, envidiosa. *(Deja a su madre y va a besar a su ama.)* ¿Qué carrillo te como?

TERE. Ya van para mojama. ¡Cualquiera le hinca el diente!

ANGE. Voy a encontrar a Eugenio.

PEPA Allá está, junto al coche.

ANGE. No lo hemos atendido.

LUCI. El es de confianza. Dile que no se marche; que tengo muchas ganas de hablar con él.

ANGE. *(Con fingida seriedad.)* ¿Nada más?

LUCI. *(Lo mismo.)* Nada más.

PEPA *(Cerciorada de que se alejó doña Angeles, vuelve al estado de inquietud que mostró en su salida.)* ¡Gracias a Dios que nos dejaron solas!

LUCI. ¿Algo grave?

PEPA Verás. Carlos y yo, al oír la bocina del auto en

que venían don Eugenio y tu madre, salimos por el arco de juntito á la alberca *(Señala a la derecha, por donde antes se fué.)*, para ir pronto a la entrada.

LUCI. ¿Cayó alguien en la alberca?

PEPA Déjame que me explique antes de que venga nadie. Carlos, naturalmente, avanzó en dos zancadas. Yo, más despacio, vi abierta la ventana donde está Mari Tere, y oí como hablaba, ¡en un tono tan raro!...

LUCI. ¿Con quién?

PEPA Con nadie. Sola. *(Emocionándose.)* ¡Pobre hija de mi alma!

LUCI. Sigue pronto.

PEPA Me acerqué, recatándome... Y la vi como loca. ¡Qué de cosas decía! Luego va a la mesita y la veo que saca... no sé qué. Yo la grito: ¡¡Mari Tere!!... Sé que la di el gran susto. Pero, ¡ay, hija!, ¡no sería tan grande como el que yo tenía!...

LUCI. ¿Y luego?

PEPA Noté que se calmaba. La dije cuatro cosas y la hice unas caricias. Pareció más tranquila. Pero yo no lo estoy. Creo que la pequeña va a hacer una trastada.

LUCI. Yo ya estoy sobre aviso. Conozco bien su mal... y se cómo curarla.

PEPA Pues, ¡por Dios!, no la dejes. Mira que en un descuido...

LUCI. Anda, tú, a vigilarla.

EUGE. *(Entrando por el foro.)* ¿Dicen que me llamaba la señora doctora?

LUCI. Es cierto. Te llamaba.

PEPA Yo voy donde me has dicho.

EUGE. Ama Pepa, no estorbas. Digo: al menos a mí.

LUCI. Ni a mí.

PEPA ¡Vaya! Pues debe ser a mí a quien todo le molesta. Y por eso me voy. *(Vase izquierda.)*

LUCI. *(Desde la puerta.)* Llámame si hace falta.

EUGE. Te va bien esta cura de reposo. Aire libre del campo, la comida más sana. Ha sido un gran acierto venirte a la masía, tras de las inquietudes de estudios y viajes. Estás mucho mejor.

LUCI. Estupendo higienista. Me dejas boquiabierta. Yo ya no sé si el médico eres tú o si soy yo.

EUGE. Pues está claro. El médico no somos ninguno de los dos. La médico, o mejor, la doctora, eres tú; indiscutible.

LUCI. ¿«Némine» discrepante?

EUGE. No estoy fuerte en latín. Pero, si así se dice vales más que nadie, allá va mi adhesión· «Tutti contenti.»

LUCI. *(Sonriente.)* Eres el otoñal más peligroso que viaja en «sleeping».

EUGE. Y tú la mariposa más airosa, más ágil, más gentil, más huidiza del jardín de las Gracias.

LUCI. ¡Ay, gracias... gracias... gracias...! *(Va retirándose hacia el sofá, donde se deja caer graciosamente.)*

EUGE. ¿Qué te pasa, guasona?

LUCI. El penetrante olor de la lisonja, que me ha desvanecido.

EUGE. Menos mal que hay ganitas de broma.

LUCI. *(Levantándose resuelta, pero sin dejar el tono amable del principio.)* Pues mira, te he llamado para hablar muy en serio. La batalla de flores ha terminado. Ahora va esgrima noble; con los golpes cantados. Yo te hago unas preguntas. Tú respondes, claro, de corazón, sin eludir respuesta.

EUGE. ¿Doctora en Medicina o doctora en Derecho, magistrada de Audiencia?

LUCI. *(Con cómica seriedad.)* Ordeno y mando.

EUGE. Obedezco.

LUCI. ¿Sabías la catástrofe económica que a poco si nos hunde en la miseria? *(Eugenio, vacila.)*

EUGE. Lo sabía. Mejor dicho: podía presentirla por rumores dispersos, por algún detallito que no es dable ocultar. No por datos concretos.

LUCI. Lo has sabido, y tú, el único amigo, a quien todos, en casa, queremos cordialmente, ¡no has venido a salvarnos con tu ayuda y tu consejo!... Para mí es increíble. Yo te ruego, te pido y, si puedo, te exijo, que digas la verdad; que expliques tu conducta. *(Se ve que Eugenio, acorralado, conminado enérgicamente, a pesar del suave tono femenino, siente la angustia de no querer declararse. Luci, inexorable, sigue acuciando.)* No maquines, no urdas una mentira. Sé, para mí, leal. Luci, a quien tú quieres tanto, te lo ruega. *(Eugenio ya no sabe si llorar, vencido, o huir vergonzosamente. Por fin logra la serenidad necesaria.)*

EUGE. ¿Tienes buena memoria?

LUCI. Sí, la tengo.

EUGE. Tú me dijiste un día, dichoso para mí, porque volvía a verte después de mucho tiempo y te hallaba doctora...

LUCI. No te escurras.

EUGE. Tú me dijiste, acuérdate: «Yo soy una excepción entre los míos... Me encantan el estudio y el trabajo... Tú hiciste como yo cuando eras joven...» ¿Recuerdas?

LUCI. Sí; recuerdo.

EUGE. Dijiste más. «Yo te estimo y te admiro, no como los demás en esta casa... Yo veo en ti algo más...» Son tus mismas palabras.

LUCI. No sé yo tanto. El contenido es cierto.

EUGE. Son las mismas. Lo mismo que un gramófono

las recogí. Me las he repetido muchas veces. Ahora vuelvo a decirlas: «Me interesa tu vida como ejemplo... Sabías que eras rico y trabajaste...»

LUCI. Evítate, si quieres, el esfuerzo mental. Cuanto has dicho es verdad. ¿Qué se desprende de ello?

EUGE. Que yo, que te conozco y te admiro y te quiero... no he querido privarte de una gran ocasión de seguir el ejemplo. Sé que mandas en casa, que orientas y que ordenas. Elogio tu valor, respeto su silencio. ¿No has acudido a mí? Señal que no te hago falta.

LUCI. Pero, ¿si te llamara?

EUGE. Luci... *(Emocionado.)*, de eso no hablemos Cuanto soy, cuanto valgo, cuanto pudiera ser...

LUCI. *(Tendiéndole las manos que Eugenio estrecha efusivamente.)* No hables más... En tus ojos reluce la verdad. Eres amigo, Eugenio... ¿Tú recuerdas que te debo un abrazo?

EUGE. ¿También, ahora, es preciso contestar la verdad?

LUCI. Ahora y siempre.

EUGE. No me acuerdo. Y es raro. Esa clase de deudas no suelo perdonarlas.

LUCI. Te debo el de llegada, y además otro fuerte por... *(Al oído.)* «la factura de Carlos.»

EUGE. ¿De Carlos? ¿Qué factura?...

LUCI. Si no fueras cortés, te llamaría hipócrita. Debiera no pagarte.

EUGE. Eso, no; ¡me suicido!

LUCI. Toma, que lo has ganado. La doctora te quiere y, además, te está muy agradecida. *(Le echa los brazos al cuello amistosamente.)*

(Por la puerta del foro entra, inopinadamente, Carlitos, seguido de Rafael. Luci y Eugenio

deshacen el abrazo sin violencia; pero en todos los personajes hay el momento de difícil situación que es de suponer.)

CARL. Aquí está el visitante.

LUCI. ¡Tanto honor por mi casa!... *(Tiende la mano a Rafael.)* Al fin ya te has dignado saludar a tu amiga y compañera.

RAFA. Todo llega a su tiempo.

LUCI. *(A Eugenio.)* Te presento a un colega de innegable talento, Rafael Casanova. Además, camarada afable y correctísimo. *(Entre los presentados, a su tiempo, se cruza el apretón de manos de rigor.)* Eugenio Sandoval, el mejor, por no decir el único, amigo de esta casa.

RAFA. Tanto gusto, señor.

EUGE. Téngame por amigo. Y, si me lo permiten... *(Inicia la retirada.)*

LUCI. No te vayas. Aún tenemos que hablar. Comerás con nosotras.

EUGE. Voy a ver si Agustín arregló lo que dije. No me iré por sorpresa. *(A Rafael.)* A usted digo lo mismo. Como estoy a la puerta, bien podré despedirle.

CARL. Oye, Eugenio, ¿por qué no compras otro cacharro mejor y me regalas ese?

EUGE. *(Al oído.)* Porque aquí estás en Manises. Y va a ser un horror si te sigue la racha rompiendo vajillas. *(Vanse Eugenio y Carlos por la puerta del foro, quedando Luci y Rafael en situación cohibida.)*

LUCI. Gran día es el de hoy. Te has decidido a verme.

RAFA. A verte ha sido antes. Te he visto varias veces, sin que tú lo supieras.

LUCI. ¡Ah, sí! Espiritualísimo. Yo no me he dado cuenta. Colega: fracasó la telepatía. Y la decisión de esta visita, ¿a qué debo agradecerla?

RAFA. A que no han fracasado ni el sentido común, ni la urbanidad... ni el amor.

LUCI. ¡Bonita trilogía!

RAFA. Deja el tono humorista, si te place, y acepta de buen grado lo que vengo a ofrecerte con una sinceridad que no creo igualable.

LUCI. Explíquese el doctor.

RAFA. Rafael, «tu» Rafael, te dice que ha venido a esta casa como debió venir: con un previo permiso. Traído por un hombre de tu propia familia: por tu hermanito Carlos. Y no llegando hasta ti sin ofrecer antes mis respetos a tu mamá. ¿No es así como cumple un caballero?

LUCI. ¿Qué nota de moral en las costumbres es esa de valerte de mi hermano?

RAFA. Un hombre en tu familia.

LUCI. Lo será. Así lo espero. Hoy es un mentecato. Ni sé por qué alardeas de haber visto a mi madre antes que a mí, cuando ya todo un año nos hemos visto en clase y en la calle, y aun lejos de esta tierra, sin que ella presidiera nuestro libre charlar...

RAFA. Eres desconcertante. No vengo a discutir. Era tu casa un templo. Y yo lo he respetado.

LUCI. Pues bien. En él me encuentras.

RAFA. Luci.... pon más... paciencia al escucharme. Quiero llegar a tiempo. *(Con menos voz.)* Sé que ya no eres rica.

LUCI. *(Irónica.)* «¡Ya se sabe en Belchite!»...

RAFA. La capital no es más que un pueblo grande. Y el «doctor» Casanova —comprenderás que si así me titulo no es jactancia—, el doctor y el amigo, a quien siempre dijiste «mi» Rafael, lo que es, lo que pueda, lo que valga... de corazón lo ofrece.

LUCI. *(Afectada.)* Lo agradezco infinito. Sabré tenerlo en cuenta. *(Breve pausa.)*

RAFA. ¿Nada más?

LUCI. Pero, ¿hay más?

RAFA. Me deja desarmado tu extraña frialdad.

LUCI. Ni es frialdad ni extraña. *(Con intención.)* Somos... «mujeres solas».

RAFA. Erais antes.

LUCI. *(Rotundamente.)* Y ahora.

RAFA. Ya no tanto.

LUCI. ¿Qué has querido decir?

RAFA. No más lo que he dicho.

LUCI. Y, quizás, lo que callas. Pero, oye, Rafael: por ser mujeres solas te detuvo un respeto.

RAFA. Ya he vencido esa fuerza.

LUCI. Yo la llevo en el alma. Soy una mujer sola que gana su derecho a mandar de su vida. Mi trabajo es preciso para todos los míos. Te debes a tu madre. Cuídala y sé buen hijo. Sería mujer sola... si tú la abandonaras.

RAFA. Yo puedo armonizar los dos cariños.

LUCI. Antes, era yo rica. Tu dinero pudo ser para ella.

RAFA. Sigues obcecadísima. No sé cómo discurres...

LUCI. Yo, sí. Tengo mis causas.

RAFA. Yo las respeto. Y una vez más te digo: Te quiero, Luci.

LUCI. Lo creo. Y lo agradezco.

RAFA. ¿Nada más? *(Luci aparece inconmovible.)* ¿Nada más?... Con tu silencio indicas que estoy aquí de sobra.

LUCI. Mi madre te habrá dicho que aquí tienes tu casa.

RAFA. Sigues desconcertándome... No acierto a comprenderte.

LUCI. Tiempo tendrás de verlo.

RAFA. Pues... adiós... Y que el tiempo ponga las cosas claras.

(Sale sin prisa, ni volver la cara, por la puerta del foro.)

PEPA *(Saliendo por la izquierda.)* Gracias a Dios que se marchó.

LUCI. ¿Escuchaste?

PEPA Escuché. El niño es una alhaja... ¡Vaya empacho y tiesura para un hombre tan joven!... ¡Más triste que un ciprés!... Déjale que se marche con su mamita rica, que a ti no ha de faltarte hombre bueno y alegre que merezca tu gracia. *(Abrazándola.)* ¿Verdad, mi palomita, mi Luci, mi doctora?... *(Mirando hacia el foro.)* Pero, ¡qué es esto!... ¿Lloras?...

LUCI. ¡Ama Pepa... mi vieja!

PEPA ¿Qué tienes tú, mi vida?

LUCI. Que es más fuerte que yo. Que le dejo y me deja... Y le quiero, Ama Pepa... ¡le quiero... con todos mis sentidos y con toda mi alma!... *(Han quedado abrazadas.)*

TELON

ACTO TERCERO

Llegan desde lejos los alegres sones de una banda de música. A poder ser, diana y con acompañamiento de cornetas. Pero el sonido llega tan tenue que no desentona ni desconcierta las sensaciones de serenidad, limpieza y gracia femenina de esta simpatiquísima habitación donde la doctora Luci ha instalado su despacho de directora en el Sanatorio de Los Palmerales.

Una puerta —derecha— comunica con las habitaciones que conducen al exterior, es decir, a la calle. Otra —izquierda—, a las salas y dependencias. Un amplio ventanal, apaisado, da luz a la estancia.

Paredes de suaves tonos; ni tallas ni adornos complicados. Sencillez y elegancia en la línea y en el color. Ninguna estridencia. Ningún cuadro que recuerde dolores ni enfermedades.

Un bureau de roble —o de lo que sea—, en tono claro, abierto; con carpetas y papeles no muy ordenados. Flores en lo alto, y alguna figurilla moderna, graciosa, que exprese el movimiento sin más complicaciones; una pequeña tanagra. Y el aparato telefónico de sobremesa. Silla giratoria ante el bureau.

Ni lejos, ni demasiado cerca, la máquina de escribir, sobre un mueblecito del mismo color claro. Y en otro lugar el mueble archivador con bandejas y cajoncitos para las fichas.

En una vitrina, también pequeña, algún instrumental y algunos botellines y cajas de específicos. Nada de arsenal ni de botica. Un poco nada más; lo indispensable.

Todavía un pequeño mueble: un centrito de moderna y sencillísima traza, con periódicos y revistas profesionales.

En resumen: ambiente propicio al trabajo. Ahuyentada la idea de clínica. Y, sobre todo, el buen gusto de una mujer joven y culta, visible y acentuado hasta en los menores detalles.

(Carlitos, sentado ante la máquina de escribir, mecanografía una carta. No debe ser muy importante el contenido, pues puede simultanear su escritura con el tarareo, "sotto voce", de la misma composición que está ejecutando la banda; y, a veces, sabiéndose sólo, repite en voz alta lo que escribe.)

CARL. Tararará-lar'n-lará... *(Cesa de teclear; mosconea a boca cerrada, pensando en lo que va escribir, y vuelve a teclear repitiendo en voz alta.)* Total: con unas gotas de limón y un polvillo de pimienta, debo estar sabrosísimo; porque a fuerza de aburrirme he adquirido todas las características de la ostra... Y... vamos a «ostra» cosa. *(Deja de escribir. Ríe pensando el efecto que va a causar este "donaire". y sigue tecleando y tarareando.)* Tira-lalira-lalira-lalí... Tira-lalira-lalira-lalá...

JUAN. *(Por la puerta de la izquierda. Viene vestida de enfermera, muy blanca y muy coquetona.*

Trae aire de prisa, y cara seria, sin exagerar la nota.) Señorito Carlos...

CARL. Tira-lalira-lalira-lalí...

JUAN. *(Alzando la voz y acercándose.)* Señorito Carlos...

CARL. Hola, Miss Sanatorio... *(Se levanta y va a acercarse. Ella le detiene más con el gesto que retirándose.)*

JUAN. Manitas quietas. La doctora que me dé usté en seguida pinzas y grapas, que están en el segundo estante de la vitrina.

CARL. ¿Hay heridos? *(Va a sacar lo que le han pedido.)*

JUAN. Pilila, la morenucha de los ojos verdes.

CARL. ¿De importancia?

JUAN. Un cortecito sobre la ceja. Cayó al bajar corriendo la escalera.

CARL. ¿Y la curan con música?

JUAN. No ha querido la doctora que se entere nadie. Podían asustarse las niñas.

CARL. Y se aguaba la fiesta. Ahí van las pinzas... *(Las deja en una mano de Juanita.)*, las grapas... *(Las deja en la otra mano.)*, y las... *(Va a intentar abrazarla, aprovechándose de que la muchacha tiene ambas manos ocupadas.)*

JUAN. *(Hurtando el cuerpo, graciosa y pícara.)* Las ganas, señorito, las ganas... Hoy estaba yo alerta... *(Vase por donde vino.)*

CARL. *(Recordando con sorna, y no con petulancia, los versos del Tenorio.)*

«Hoy no es mañana, Lucía;
y, pues se casa mañana,
mañana será otro día.»

(Vuelve a tararear, mientras se dirige a la máquina para continuar la carta.) Tararará-larín-lará... *(Mosconeo de leer entre dientes, hasta*

que llega a las últimas palabras.) Uuuuuuuum... Y vamos a «ostra» cosa... *(Suena el timbre del teléfono. Se levanta y va a hablar.)* Tira-lalira-lalira... *(Hablando.)* Diga..., diga... Exactísimo... Ya he dicho que exactísimo... Que sí, que sí... el Sanatorio de los Palmerales... Ahora es imposible; está haciendo una cura... Puede usted llamar más tarde... *(Cuelga el aparato un poco amoscado.)* ¡El pelma desconocido!... *(Vuelve a la máquina.)* Tararará-larín-lará...

(Entra Luci por la izquierda. Viene desabrochando su larga blusa blanca, que queda entreabierta, dejando ver un elegante y sencillo traje de calle. Aún se notan en la doctora los efectos de la emoción recibida.)

CARL. ¿Nada grave?

LUCI. Deja que me siente. *(Lo hace.)* Nada grave. Ni puntos de sutura. Ha bastado una grapa bien puesta. Dentro de cinco días cicatrización completa.

CARL. Pero te has asustado.

LUCI. Pudo tener más importancia. Además, ¡la sangre es tan alarmadora!...

CARL. ¡Vaya una médica!... Precisamente Pili, la niña que más quieres... *(Si la música no ha cesado antes, deberá cesar ahora.)*

LUCI. Yo quiero igual a todas. Pero como es ésta la que más adelanta, me produce más estimuladoras satisfacciones.

CARL. Para el caso es lo mismo.
(Suena el timbre del teléfono.)

LUCI. Contesta tú.

CARL. *(Va al aparato y habla con el mayor aplomo.)* Sí. El rajá de Kapurtalah... *(Luci comenta, con el gesto, todo el absurdo de esta conversación*

sincopaa-t.) ¡No he de saber!... Josefina Baker, inventora de la danza de los plátanos.

LUCI. *(Ya en voz alta.)* Pero, ¿qué disparates son esos? ¿Con quién hablas?

CARL. Con Mari Tere.

LUCI. ¡Ah, vamos!..., ¿Qué le pasa?

CARL. Espera. *(Hablando por teléfono.)* Dice la insoportable directora del Sanatorio de Los Palmerales que digas lo que quieres y a ver por lo que sales.

LUCI. *(Riendo de buena gana.)* Serás ganso...

CARL. *(Oyendo la contestación telefónica.)* Bien..., bien...; bueno... *(A Luci.)* Que su esposo, don Alvaro I, ex rey de Gasolinia, va a traerla en una carroza, siete y medio H. P., marca Ful... Y si debe venir el príncipe heredero.

LUCI. Sí, sí. Que traiga al chico. Tengo ganas de verle. Juanita cuidará de él.

CARL. *(Contestando por el aparato.)* Que todo está conforme... ¿Aún hay más?... *(Oye.)* Espera que consulte. *(A Luci.)* Que si viene con sombrero, con mantilla o sin nada a la cabeza...

LUCI. ¡Siempre la misma! Dile que con que traiga la cabeza, basta.

CARL. Eso no se lo digo. *(Contestando.)* Que vengas como quieras. Y ahora, ya de mi cuenta: que no me des más la lata. *(Cuelga el auricular y va hacia su sitio o está en pie o se pasea; como mejor le acomode.)*

LUCI. ¡Ay, Carlitos! ¡Qué mal rato me ha dado esa pequeña!

CARL. ¿Mari Tere?

LUCI. No; la Pilila. Creí que malograba este día glorioso.

CARL. Ya ha pasado el peligro, mujer.

LUCI. Pero aún dura el sobresalto. ¡Tengo un ansia

tan honda de verme hoy rodeada de las personas a quienes más quiero!

CARL. Luci, no hables así, ¡que me contagias!

LUCI. Pues, ¿qué más quiero yo?

CARL. Tú eres una atrasada, no diré yo mental...; pero, en fin, que en la vida vas a doce por hora.

LUCI. ¿Que voy despacio yo? ¡Y eres tú quien lo dice! ¡Tú a mi lado en esta brava lucha de cerca de tres años!

CARL. Los tres años indignos. ¡Muera la dictadura!

LUCI. Ya sé que disparatas por el placer perverso de hacer que yo me enfade, y tú luego, con cuatro carantoñas, quitarme el malhumor.

CARL. ¡Que te crees tú eso! Yo soy siempre un rebelde insobornable.

LUCI. Lo que eres tú es un pillastre, de tipo peligroso, para muchas mujeres.

CARL. *(Pavoneándose, siempre dentro de una discreta broma.)* ¡Olé! ¡Olé!... ¡Lo ha dicho la doctora! ¡Soy el hombre fatal!

LUCI. Ya lo puedes decir. Que pocas de nosotras sabemos resistir al influjo de un hombre... como tú.

CARL. ¿Tú «también» eres de esas?

LUCI. ¿Yo?... No he pasado ese trance. Puse mi amor en tipo muy distinto.

CARL. Tú eres excepcional.

LUCI. No, hermano. Si supieras que tal vez mi esperanza se malogre, porque, instintivamente, echo de menos una chispita de esa pícara gracia que no quieren, no saben o no pueden tener los hombres serios!...

(Suena el teléfono.)

CARL. ¡Qué me dices... *(Por el teléfono.)* Esto sí que es hoy serio. Y suena, el condenado, como un timbre de cine de barriada. *(Descuelga y habla*

con voz monótona y cansina.) Dígame... dígame... Sí... Palmerales *(Con mejor talante.)* ¡Ah! ¿Los fotógrafos? Bien... No sé si lo habrá contestado... Descuide. Yo diré a la doctora que usted ha de venir a recogerlo... No tiene por qué darlas... Hasta la tarde. *(Cuelga el auricular.)*

LUCI. ¿Informaciones gráficas?

CARL. Sí, hijita. El interrogatorio escrito que ha de servir de base a la interviú.

LUCI. ¿No lo llenaste tú?

CARL. Ni intentarlo. Se me enredan los datos y hago que digas alguna atrocidad.

LUCI. Si bastaba copiar... Si está publicado en cuarenta ocasiones...

CARL. Pues canta las cuarenta. Yo lo lleno. *(Saca un papel mecanografiado de una carpeta que tiene muy a mano, y lee, disponiéndose a tomar notas sobre un block que tenía también junto a la máquina.)*

LUCI. *(De carrerilla, como lección sabida.)* Cuatro de mayo; segundo aniversario... Retrasados normales... Quince plazas de niñas de seis a doce años... Un secretario, tú... Una médico ayudante; una maestra y dos enfermeras.

CARL. Eso está todo claro.

LUCI. Pues, ¿qué más?

CARL. Detalles sobre la fundación.

LUCI. Dicho y redicho: la donación de la señora del Moral, agradecida porque le fué curada una hija suya.

CARL. Tu gran triunfo inicial.

LUCI. Déjate estar de triunfos. Elogia a la donante, porque es rica, y, al ver sana a su hija, pensó en las de los pobres.

CARL. *(Escribiendo.)* «Regaló su masía de Los Palmerales, valorada en doscientas cincuenta mil pesetas...»

LUCI. No seas bárbaro. ¡Qué doscientas mil!... Veinticinco mil, si llega... ¿Para qué exagerar?

CARL. Ahora y siempre. Al buen público le gusta enormemente el cotilleo.

(Por la puerta de la derecha entra Salomón. Traje dominguero; es decir, sin arrugas ni manchas del trabajo; pero de tipo usual; sin nada extraordinario en ningún sentido. Lleva un paquete aseadamente hecho, que figura ser de instrumental de su oficio.)

SALO. *(Desde la puerta.)* ¿Dan permiso a un obrero de la casa?

LUCI. Adelante, Agustín.

SALO. Salud a la doctora y a su hermano don Carlos.

CARL. Camarada Moskowski *(Ofreciéndole la mano.)*, ¡venga ese plan quinquenal!

SALO. Deje usté eso para Rusia. Para aquí hay otros planes.

LUCI. Y en Bétera, ¿qué planes hay? ¿Cómo va la masía? ¿Está fuerte el suegro? Marieta... ¿engordando?

SALO. *(Sonriente.)* Espere usté, doctora. No es fácil atender tanto interrogatorio.

LUCI. ¡Dígamelo usted a mí!

CARL. Y a mí que los retruco.

SALO. Pues... en Bétera, muy altas las albahacas. La masía, en su sitio. Mi suegro... a veces en su sitio y a veces en el mío, mandando de mi casa. Y Marieta...

LUCI. ¿Ojerosa, mareos, sensación de cansancio, muchas ganas de mimo?...

SALO. *(Asintiendo.)* ¡Ni vista en la pantalla!

LUCI. Para el próximo mayo, un «camaradita» más en la Fiesta del Trabajo. Mientras usted descansa...

SALO. Si no vengo cansado...

LUCI. Doy una miradita y dejo el sitio libre para que instale usted el aparato. Dos minutos; un vuelo.

SALO. Por mí, cuando usté quiera.
(Vase Luci por la izquierda.)

CARL. *(Ofreciendo Lucki strit, Muratti's o cualquier otra marca de tabaco rubio.)* ¿Va un cigarro?

SALO. Muchas gracias. *(Sacando del suyo, en cajetilla española.)* Del mío. Me gusta más el malo.

CARL. *(En tono cómicamente confidencial.)* ¿Cuándo suena la hora de la emancipación?

SALO. La de usté ya ha sonado.

CARL. No es verdad, camarada. Al reloj de mi vida le han dado marcha atrás.

SALO. Guíese por el sol; ése no falla.

CARL. Tampoco eso es verdad. ¿Y los días nublados? ¿Y la noche? ¡La noche!, que es cuando empieza la verdadera vida... *(Sin dejar el tono confidencial y relamiéndose de gusto al evocar el recuerdo.)* ¿Usted ha estado en Madrid?

SALO. Yo he estado en todo el mundo.

CARL. Camarada Trolaski: esa debe ser grilla.

SALO. Estoy dando películas hace ya cuatro años. ¿Qué no habré visto yo?

CARL. Así, bien. ¡El suplicio de Tántalo! ¡Ver agua y no beber! *(Poniéndole una mano sobre el hombro.)* Usted es un buen hombre; pero es un infeliz. *(Ante el gesto contrariado de Salomón.)* Un infeliz en el más puro sentido de la palabra.

SALO. Un imbécil, ¿no?

CARL. Jamás, camarada Trifulki. Despierto, listo, activo, inteligente, hábil... estudioso, honrado...

SALO. «Beterano» y «carlista».

CARL. *(Asombradísimo.)* ¡Cómo, carlista!

SALO. Nacido en Bétera y amigo de «Don Carlos»... *(Tiende su mano para estrechar la de Carlitos.)*

CARL. ¡Ah!, Gracias. Pues con todo y con eso, mucho más infeliz. Porque ve usted una vida en la pan-

talla que no puede gozarla. Y yo, ¡que la he gozado!...

SALO. Querido don Carlitos, ¿para qué atormentarse?

CARL. Soy un forzado, un paria, un siervo de la gleba... ¡Abajo el feminismo!... Muera la dictadura blanca!...

SALO. Yo, de su hermana, la doctora Luci, ¡hasta la dictadura! Y Lenin me perdone...

CARL. Y usted es de la U. G. T. o de la C. N. T o de la F. A. I. o de la F. I. F. A!... Usted es de la PLEPA. Un traidor, un tránsfuga.

SALO. Ciudadano Nerón, que la doctora nos va a dar una zurrra.

CARL. La doctora es más cursi que un «polissón» con cintas. Yo he sido, en la familia, el brote más genial. Partidario de la N. P. U.... ¡vaya vino oloroso!... De P. P. y doble W, que es la marca castiza de las hembras juncales... De la S. y de la J., la cogorza y el baile. Pero, ¿ahora? ¡K. O.! Han bajado la luz, han cerrado la espita... R. I. P.... ¡Viva Troski!... ¡Viva Kalamanduski!... Camarada: haga coro. *(Viendo venir a Ama Pepa por la izquierda, aunque no ha salido a escena.)* ¡Viva la Ama Peposka!...

SALO. *(Dándose cuenta.)* Eso sí; ¡viva!

CARL. ¡Vivaaa!

(Ama Pepa ha entrado por la derecha. Viene como de la calle. Traje oscuro, mantilla, un ramo de flores en la mano.)

PEPA. Temprano la cogisteis. ¿Dónde está la doctora, que os deja alzar el gallo?

SALO. *(Por Ama Pepa.)* Mujer, al fin y al cabo. Con nada están contentas.

CARL. *(Intentando coger una flor del ramo, que Ama*

Pepa defiende como puede.) Camarada Pepaska: ¿me das un claveloski para la solapiska?

SALO. ¡Y que lo pide en ruso!

PEPA. Sí: pero yo, en cristiano, le doy el gran cachete como toque una flor.

CARL. No son flores «cordiales».

PEPA. Son para tu hermanita. Tú eres un zanganoski, y ahora te haces la kuska. *(Guarda el ramo llevando la mano a la espalda.)*

SALO. ¡Atiza! ¡También rusa!

PEPA ¿Yo? ¡Más que una toalla!

LUCI. *(Sale por la izquierda.)* Agustín, todo listo. *(Al ver a Ama Pepa.)* ¿Ya has venido, viejita? *(La besa.)*

PEPA. No me digas palabra hasta que no se marchen los anarquistas estos.

LUCI. Señores anarquistas: ¿Quieren hacer el favor de ir a montar el cine, para que se diviertan mis pequeñas?

SALO. En seguida, doctora. *(Inicia el mutis.)*

LUCI. *(A Carlitos.)* Anda, tú, ve y ayúdale. *(Le empuja cariñosamente.)*

CARL. ¡Abajo el feminismo! ¡Muera la dictadura blanca! *(Vase con Salomón.)*

PEPA. *(Presentando el ramo que tenía oculto.)* Aquí tienes mis flores por el día de hoy.

LUCI. ¡Qué lindas! ¡Serás boba! ¿Te has gastado dinero? Si aquí tenemos flores para dar y vender...

PEPA Pero no son las mías. No llevan mi intención.

LUCI. ¡Cómo te lo agradezco! Porque tú, más que nadie, sabes toda la gloria que tiene para mí este día, que es único.

PEPA. ¡Mujer... ¿«único»?

LUCI. Hasta hoy, único en todo. Ya mañana... *(Siempre alegre.)*, ¿quién sabe?

PEPA. ¿El qué?

LUCI. Quién sabe... si habrá días mejores.

PEPA Así me gustas, Luci; satisfecha y valiente.

LUCI. Más valiente que nunca. Estoy como loca. Cómo me gustaría — en la calle, en la plaza, en el teatro, donde más gente hubiera, y, sobre todo, hombres, muchos hombres —, decir a grito herido: Fijaos en nosotras... Hemos vencido con las propias fuerzas. *(Fingiendo un tono despectivo.)* Somos mujeres solas...

PEPA ¡Y dale con la murga! ¡Las ganas que yo tengo de no escucharte más esas palabras!

LUCI. Y yo de no decirlas.

PEPA Pues... ¿cuándo va a ser eso?

LUCI. Cuando sepa que nadie volverá a recordármelas.

PEPA Y ese nadie, ¿quién es?

LUCI. Tengo buena memoria. En ella me he apoyado para aguantarme en pie. *(Brevísima pausa.)* Por ser «mujeres solas» — muy honrado, muy digno, abrumado de escrúpulos y respetos —, el hombre en quien yo puse mi cariño, se distanció de mí.

PEPA Quería ser prudente.

LUCI. En el fondo egoísta. Por sér «mujeres solas». D. Leandro abusó. Por ser «mujeres solas», Alvaro vióse impune; no dudó en ser perjuro y huir de Mari Tere.

PEPA Se casó de buen grado.

LUCI. Sí, sí; de muy buen grado... después de ver al hijo. Fué el pequeño inocente quien unió voluntades; no la madre burlada. De no nacer el hijo, la pobre Mari Tere aun era «mujer sola».

PEPA Tal vez lleves razón.

LUCI. Y porque éramos «solas», hasta el propio Carlitos se escapaba de casa, maltrataba los libros, se encanallaba a gusto, derrochaba la hacienda...

PEPA Cosas de juventud.

LUCI. Pero, jóvenes, viejos, honrados o no honrados, todos coincidían en el punto inicial. Y el ser mujeres solas era como un estigma. Yo he logrado borrarlo. Dije mal: yo logré ennoblecerlo. Y ahora tengo derecho al pregón de mi triunfo; a decir: «Sola, sola, he logrado ser fuerte, he logrado ser libre...»

PEPA Muy libre... pero sola.

LUCI. Mientras yo quiera serlo.

PEPA ¡Bendito pico de oro! Así quería oírte.

LUCI. Pues así me oirás. Y ahora, vieja, prepárate, que la noticia es bomba.

PEPA Ponle fuego a la mecha, que a mí no hay quien me tumbe.

LUCI. *(Con alegre solemnidad.)* Hoy mismo, esta mañana, antes de que comience la fiesta de las niñas...

JUAN. *(Por la izquierda.)* ¿Permite la doctora?

PEPA Llegó doña Tijera. ¿Dónde irás tú *(por Juanita.)* que no cortes el hilo?

JUAN. Yo he venido mandada.

LUCI. *(A Pepa.)* No gruñas, curiosona. *(A la muchacha.)* ¿Qué sucede, Juanita?

JUAN. El señorito Carlos y Salomón, no aciertan dónde desea usted que se ponga la máquina.

PEPA Si estabas tú delante; se les habrá olvidado.

JUAN. *(En son de reproche, por Ama-Pepa.)* ¿Ha oído usted, Doctora?

LUCI. Siempre estáis arañándoos. *(A Juanita.)* Vamos allá y veremos de arreglar el conflicto.

PEPA Pero, ¿vas a dejarme con la miel en la boca?
LUCI. Ven tú también, celosa.
PEPA *(A Juanita.)* ¿Vamos?
JUAN. Vamos.

(Luci vase, primero, por la izquierda. Pepa y Juanita se miran con cómica rivalidad. La primera hace un guiño de morder; la segunda un ademán de arañar. Y riendo, contentas, salen juntas siguiendo a la doctora.)

(Poco después suena el timbre del teléfono. A la tercera o cuarta vez, entran por la puerta de la derecha Angeles y Eugenio, que vienen de la calle. El timbre sigue sonando mientras lo indica el diálogo.)

ANGE. ¿No hay nadie por aquí?... Pasa, Eugenio. *(Entra éste.)* Al parecer no hay nadie.
EUGE. El que hay *(por el teléfono)* se desgañita sin lograr que le escuchen.
ANGE. Deben andar por dentro. ¿Quieres ser tan amable que atiendas a quien llama?
EUGE. Si me autorizas.
ANGE. Claro. Pudiera ser algún recado urgente.
EUGE. *(Descuelga el auricular y habla.)* «¡Alló... alló!»... Sí, señor, Sanatorio... Precisamente ahora no está en la Dirección, pero ha de venir pronto... ¡Ah... muy bien!... *(Se ha de notar en Eugenio un leve gesto de reprimida contrariedad.)* Si sabe la doctora la hora de su visita, seguramente espera... Así se hará... De nada, señor mio. *(Cuelga el auricular. Durante el resto de la escena debe notarse la preocupación que se esfuerza en disimular y, no obstante, vela las ideas y aun las frases de un hombre tan cabal como éste.)*
ANGE. ¿Algo de particular?

EUGE. Nada de particular. Lo corriente. Es día de visitas.

ANGE. Parece que te apagas.

EUGE. ¿Como has dicho?

ANGE. Que te vas apagando. Que venías contento; y, a medida que hemos ido acercándonos, has ido tú nublándote.

EUGE. Puede ser. No me creía enfocado desde tu observatorio.

ANGE. Pues, ¿a quién, sino a tí, deben ir nuestros ojos?

EUGE. *(Pausadamente.)* Los tuyos y los míos; los de todos los tuyos y los de muchos otros, deben mirar a la estrellita nueva.

ANGE. Siempre, el enamorado, queriendo hacer poesía.

EUGE. Tú la has hecho al decir que me apagaba.

ANGE. Cómo íbamos a ver este gran día de no mediar tu tacto, tu prudencia y, siempre que hizo falta, tu amistad delicada y generosa.

EUGE. Asunto tuyo y mío.

ANGE. Hoy ya no. Mi deber es declararlo a quien debe saberlo. Luci se alegrará.

EUGE. No lo intentes... Mal día; hoy es mal día.

TERE. *(Entrando por la derecha. Viene también de la calle. Elegante y guapa. Una madrecita encantadora. Y si quiere decir que aún es soltera, tendremos que creerlo.)* Hola, mamita. *(La besa.)* Eugenio... *(Le tiende la mano.)*

ANGE. ¿Y Bubi?

TERE. La niñera le tiene. Va a llevarle al jardín. He hablado con Carlitos por teléfono y no ha habido manera de entendernos. *(A Eugenio, que no ha dejado de mirarla.)* ¿Qué miras, inquisidor?

EUGE. Te miro... y no te veo.

TERE. ¡Ah, vamos!... Has venido como niño atrasado.
ANGE. ¡Mari Tere; siempre has de ser la misma!

CARL. *(Por la izquierda.)* ¡Atiza! ¡Si hay un lleno! ¿Se reúne el consejo de familia?
ANGE. Debiera reunirse, a ver si te enseñaba a saludar.
CARL. Tienes razón. *(Dando la mano a todos.)* ¿Siguen ustedes buenos? La familia de ustedes, ¿sin novedad? *(A Mari Tere.)* ¿Usted, bien? ¿Y el pequeño?...
TERE. Más pillo que su tío.
CARL. Eso le honra muchísimo.
ANGE. Dejaos de comedias. ¿Qué hace Luci?
CARL. ¿La señora doctora? En el cine infantil. Pasen, señores, pasen... Faltaba «La Pandilla»...
EUGE. Me encanta tu buen humor, Carlitos.
CARL. *(Fingiendo un aparte.)* Te lo vendo.
TERE. Vamos, mamá. Con este zaragata no saldremos de dudas.
ANGE. ¿Vienes, Eugenio?
EUGE. Vamos.
CARL. *(Igual que antes, a Eugenio.)* ¿Te conviene en diez duros?
EUGE. Baratito lo pones. Hablaremos...
(Vanse Mari Tere, Angeles y Eugenio por la izquierda, sin que Carlos haya dejado de hacer de portero.)
CARL. *(Al quedarse solo.)* Forzado de galeras: a remar en tu banco. *(Va hacia la máquina de escribir.)* ¿Y a esto le llaman fiesta?... ¡Las ganas que yo tengo de meter bien el remo!... *(Prepárase a escribir, consultando las notas que tomó antes.)*

RAFA. *(Desde la puerta derecha. Viene más alegre, más decidido que le hemos visto en los actos anteriores.)* ¿Se puede?

CARL. *(Sin volverse.)* Adelante.

RAFA. *(Entrando.)* ¿La señora directora?

CARL. *(Sorprendido al conocerla, se pone en pie.)* ¡El doctor Casanova!

RAFA. ¿Cómo va, amigo Carlos? *(Se estrechan la mano.)*

CARL. Ya ve usted. ¡Qué visita inesperada! ¿No estaba usted en Berlín?

RAFA. Llegué hace cuatro días.

CARL. ¿Mi hermana lo ignora?

RAFA. La doctora lo sabe. Le pedí ayer permiso para venir a verla y me fijó esta hora.

CARL. Pues nos guarda el secreto.

RAFA. Yo, no. Hace pocos minutos que anuncié, por teléfono, mi inmediata llegada. Contestó un caballero, y le dije mi nombre.

CARL. No sé quien pudo ser. Pero, en fin: bien venido.

RAFA. Bien hallado. Me alegra mucho verle.

CARL. Y a mí. ¿Dónde ha dejado su botín de laureles?

RAFA. Yo no llevo botines.

CARL. Ya lo veo. Zapatos «dernier crí».

RAFA. No traigo otro equipaje que alegría, optimismo y esperanza.

CARL. Un bonito muestrario que ni abulta ni pesa.

RAFA. Como soy... «hombre solo».

CARL. Envidiable mortal. ¡Ojalá, yo, pudiera afirmar otro tanto.

LUCI. *(Entra decidida por la puerta izquierda.)* Oye, Carlos.

RAFA. Doctora...

LUCI. ¡Rafael! *(Ambos se han inmutado. Carlos es el único que conserva la serenidad, y hace las presentaciones irónicamente.)*

CARL. El doctor Casanova... La doctora, «mi hermana»... Y el testigo que sobra y se va por el foro. Digo mal: por la izquierda. *(Hace unas inclinaciones de exagerada cortesía y se retira «solemnemente» por donde ha dicho. Los «doctores» sonríen.)*

RAFA. *(Al encuentro de Luci con las manos extendidas, que la Doctora acepta.)* ¡Mi Luci de mi alma!... Estás requeteguapísima.

LUCI. *(Con fingidos dengues.)* Repare en lo que dice, el colega de Hipócrates.

RAFA. Pues, si no lo dijera, pecaría de hipócrita.

LUCI. ¡Rafael! Te encuentro muy variado.

RAFA. ¿No es así como tú me esperabas?... Porque tú me esperabas... ¿Me esperabas?

LUCI. Qué quieres que te diga... Somos «mujeres solas». Y tú eres tan mirado...

RAFA. Miradísimo... entonces y en tu casa.

LUCI. Pues estás como en ella. Porque, este Sanatorio también es de mujeres.

RAFA. Basta ya, doctorcita. No extremes tus rencores, ni obstruyas el camino que ha de llevar mi corazón al tuyo. Declara noblemente que, a pesar de tu enfado y tu ironía, la frase fué oportuna y afinada.

LUCI. ¿Aún te atreves?...

RAFA. A todo. Porque sé que, al decirla no ofendía. Porque sé que, por ella, hoy estás donde estás.

LUCI. Entonces.... ¿fué un regalo?

RAFA. Valiosísimo. Tú hiciste de mi frase ariete y escudo. Desde entonces con ella te defiendes y atacas. Niega que te ha ayudado a encontrarte a tí misma... Niega que ha sido siempre tu pendón de combate... Atrévete a negar que se lo debes todo: lo que eres — vida mía — y lo que vas a ser. ¿Lo niegas?

LUCI. *(Vencida.)* No lo niego.

RAFA. Ya está todo pagado. Borrón y cuenta nueva.

LUCI. El doctor Casanova tiene un gran desenfado para las matemáticas.

RAFA. El doctor Casanova, «matemático», ha «contado» los días y las horas hasta volver a verte; y ha «sumado» tus éxitos a los éxitos suyos...

LUCI. Y ha «restado» a su novia, lo que más anhelaba: las frases de cariño, las dulces ilusiones...

RAFA. Vengo a multiplicarlas. *(Apasionadamente.)* Te he querido, te quiero, te querré mientras viva...

LUCI. Y si yo te dijera: Rafael... llegas tarde.

RAFA. Te daba cloroformo y te robaba.

LUCI. Has vuelto de Berlín muy... anestésico.

RAFA. Y sobre todo, práctico. No perdamos el tiempo en ironías y juegos de palabras. Vengo a darte mi nombre y mi fortuna, aparte de mi amor; ese fué tuyo antes de tú saberlo. Contéstame que aceptas y yo te haré feliz.

LUCI. ¿Estás seguro de ello?

RAFA. Certísimo.

LUCI. Está bien. Te contesto. Tú me hiciste prudente y reflexiva. ¿Por qué pides, ahora, que sea atolondrada? Deja reflexionar, aunque sea un momento. Debo hablar a los míos. Afortunadamente, hoy están junto a mí. Yo lo haré con arreglo a los firmes principios de que tú alardeabas. Soy discípula tuya. Debo honrar al maestro.

RAFA. Me vences con mis armas y no puedo quejarme. Pero te ruego, Luci, que no alargues el plazo. Prolongar el dolor nunca fué de buen médico. *(Inicia la despedida.)* Me tienes a tus órdenes.

LUCI. ¿Te vas?

RAFA. Sí. Volveré pronto.

LUCI. *(Tendiéndole la mano.)* ¿Mañana?

RAFA. ¡Qué mañana! Dentro de unos minutos.

LUCI. ¡Prisas a última hora!

RAFA. Por eso, por si es «última», conviene aprovecharla.

LUCI. Y ¿dónde vas tan rápido?

RAFA. Tengo coche a la puerta. Veo a un amigo enfermo, le visito, le curo y vuelvo al Sanatorio a ponerme en tus manos. Ya sabes que mi caso es un caso de urgencia. O me curas o muero.

LUCI. Adiós, doctor Relámpago. Que te ayude la suerte.

RAFA. Doctora... Pararrayos: no dejes, tú, que escape y los dos la tendremos. *(Vase por la derecha después del afectuoso saludo.)*

(Luci ha quedado un momento indecisa, mirando a la puerta por donde desapareció Rafael. Luego avanza maquinalmente hasta el bureau. Arregla las flores. Toma un libro, que deja. Se asoma al ventanal. Hace, en fin, lo que pudiera hacer — sin saber que hace algo — una muchacha joven, después de la escena en que ha intervenido y pensando en las que van a desarrollarse.)

ANGE. *(Por la izquierda.)* ¿Estás sola, hija mía?

LUCI. No, mamá. No estoy sola.

ANGE. *(Extrañada.)* Pues, ¿quién está contigo?

LUCI. ¿No le ves?... ¿No le sientes?... Eres madre, ¿y no aciertas quién está con tu hija?

ANGE. ¡Ojalá esté contigo el que yo veo y siento! Vengo a hablarte un instante, sin que nadie nos oiga. Tú sabes que tu madre siempre ha querido que fueras muy feliz.

LUCI. Claro está. Y voy a serlo. Antes de diez minutos, Rafael vendrá a verme.

ANGE. *(Con la sorpresa que es de suponer.)* ¡Rafael!...

LUCI. Ha venido más amante que nunca. Exige mi respuesta. Yo no he querido darla sin que tú

me autorices. ¿Verdad que estás contenta de ver que éste es el día más feliz de mi vida?

ANGE. *(Turbadísima.)* ¡Rafael!... ¡Ay, Luci de mi alma; qué daño involuntario va a causar mi torpeza, a quien no lo merece!...

LUCI. ¡Un daño! ¡Tu torpeza!... No te entiendo. Habla claro.

ANGE. Antes debí decírtelo. ¡Por qué Dios me castiga cuando yo pongo en algo lo mejor de mi alma!...

LUCI. Pero, ¿qué es lo que ocurre? Habla pronto, mamita, que me tienes en vilo.

ANGE. Que yo he estado ocultando, porque él me lo exigía, los auxilios de Eugenio.

LUCI. ¡Los auxilios! ¿Qué auxilios he pedido yo a nadie?

ANGE. El los dió sin pedírselo. Recogió nuestras deudas; puso a nombre de otro — empleado discreto — todas las hipotecas; bajó los intereses; hizo largos los plazos... El dinero era suyo.

LUCI. Pero mamá, ¡es posible que me hayas engañado durante tanto tiempo!

ANGE. ¡Por Dios, Luci!

LUCI. No, no tienes disculpa. Me horroriza creerlo.

ANGE. Quise decirlo todo muchas veces. Eugenio lo impidió. Yo estaba convencida de que hacía tu dicha.

LUCI. ¿Hay desdicha más grande y más injusta que la que me has causado? De un mazazo destrozas lo que yo edifiqué. Yo me creía fuerte, victoriosa... ¡y era un pobre pelele sostenido por una trama oculta. ¡Y esto lo has hecho tú!... ¡Tú, madre mía!... *(Sepáranse.)* ¿Se le debe algo a Eugenio?

ANGE. ¿En dinero?

LUCI. ¡En qué había de ser!

ANGE. Todo ha sido pagado cuando tú lo decías.

LUCI. ¿Con nuestros sacrificios? ¿Con el único fruto del trabajo? ¿Sin ayudas extrañas?

ANGE. Sin ayuda de nadie. Te lo juro.

LUCI. Bien, bien. No es un mal irreparable. Perdono tu torpeza; agradezco el favor que Eugenio ha hecho y haré por demostrarle cómo sé agradecerlo.

ANGE. El es el que más pierde.

LUCI. ¿Qué pierde?

ANGE. Su ilusión. El sin duda esperaba...

LUCI. ¿Espera de mí? *(Soliviantándose nuevamente.)* Eso es más repugnante que la cínica oferta del que ofrece dinero por honor.

ANGE. No, Luci. Te equivocas. Piénsalo sin rencor. Creo que eres injusta.

LUCI. Dile a Eugenio que venga.

ANGE. Pero, Luci...

LUCI. Que venga. No quiero intermediarios. Le hablaré cara a cara.

COPE. *(Desde la puerta derecha, sin entrar.)* ¿Da permiso la señora directora?

LUCI. ¿Quién es?

COPE. *(Adelantando el cuerpo, pero sin entrar todavía.)* Servidor. Soy Copete. ¿No se acuerda de mí?

LUCI. *(Dulcificando gesto y tono.)* ¡Ah, sí! Copete... Hermanito de Sunta, la rubita.

COPE. El mismo. Si molesto, esperaré aquí fuera.

LUCI. ¡Qué vas a molestar!... Pasa, hombre, pasa.

COPE. *(Entrando, gorra en mano.)* Con permiso de ustedes.

LUCI. *(A Angeles, más cariñosa.)* Anda, ve dentro y entretenles hasta que yo te avise. Y sé discreta.

ANGE. Bien.

LUCI. No digas ni palabra. *(Acompaña a su madre a la puerta izquierda y vuelve a hablar con el recién*

llegado. Este es un muchacho de unos quince años. Cara risueña y franca. Viste modesta y aseadamente como aprendiz de taller en un día festivo. Lleva un largo paquete que, a su tiempo, sabremos lo que guarda.) ¿Cómo aqui tan temprano? La fiesta es a la tarde.

COPE. Ya lo sé. Pero, antes... yo quería que usté viera una cosa... Y, si no estaba mal... pues... esta tarde ya podría servir.

LUCI. Veamos esa cosa.

COPE. La he hecho yo... ¿sabe usté?... Yo solito. Pero... ¡a ojo! No sé si es corta o larga...

LUCI. Vamos a ver. No sé a qué te refieres.

COPE. Recuerda la señora directora que hace un mes cuando vine, mi hermanita jugaba con otra pequeñusa... delgadita... cojita...

LUCI. ¿Adelita, la nueva?

COPE. Esa puede que sea. Llevaba una muleta casi rota, muy sucia...

LUCI. Es verdad. ¿Te fijaste?

COPE. Muchísimo. Porque usté, acariciando a la pequeña, le decía: «No te apures, nenita. Pronto habrá un alma buena que te ayude a andar bien.»

LUCI. ¿Y tú Copete?...

COPE. Yo no soy alma buena. Pero tengo a mi hermana enfermita entre otras, y... traigo la muleta. No sé si habré acertado.

LUCI. *(Emocionada.)* ¿Qué me dices, pequeño? ¿Y la has hecho tú solo?

COPE. De memoria. Como una muy chula que hay en el escaparate de... no sé cómo se llama. Igual, igual, no es.

LUCI. La intención basta. Vamos a ver tu obra.

COPE. Si está mal no se burle.

LUCI. Seguro que está bien.

COPE. *(Desenvolviendo el paquete que está concienzu-*

damente hecho.) Se me han burlado mucho. Como uno es aprendiz... Hay allí un mala sombra que siempre me decía: «Guárdasela a Cagancho, que a ese le gustan largas.»

LUCI. *(Riendo a pesar suyo.)* ¡Quiera Dios que el bromista no tenga nunca un hijo a quien pueda faltarle!

COPE. *(Ha acabado de deshacer el lío y presenta una muleta que no es muy correcta, pero sí utilizable.)* Aquí está... ¿Qué?... ¿Resulta?...

LUCI. Muy bonita; preciosa. Y muy bien acabada.

COPE. Está un poco larguita porque... cortar es fácil, pero añadir...

LUCI. Debe venirle exacta.

COPE. ¿Ve usté esta almohadilla? *(La parte alta.)* Terciopelo de una gorra vieja de mi padre. Recorté lo más limpio. ¿Y ve este regatón?... *(El pie.)* De un bote de tomates; pero bruñido y después barnizado. La del escaparate tiene un tope de goma. Yo he recortado un trozo de neumático. Pero sirve... ¿Verdad?

LUCI. Ya lo creo que sirve.

COPE. *(Con un suspiro hondo.)* ¡Qué alegría que tengo!

LUCI. Tenla grande, muy grande. Con muchos corazones, como el tuyo, este pícaro mundo dejaría de ser valle de lágrimas. *(Le abraza.)*

TERE. *(Entrando decidida por la izquierda.)* Oye, Luci. ¿Qué le pasa a mamá?

LUCI. Después te lo diré. Tengo visita.

TERE. *(Mirando al rapaz.)* ¡Visita!...

LUCI. Un gran amigo mío.

COPE. Un servidor, señora Directora.

PEPA *(Igual que Mari Tere.)* Escúchame, pequeña; ¿qué le pasa a tu madre?

LUCI. ¿También tú? No miráis que haya visita.

PEPA ¡Visita!...
COPE. Yo me marcho, señora directora.
LUCI. Tu no te vas, Copete. Tú eres huésped de honor en esta casa.

EUGE. (*Eugenio también por la izquierda. Viene afectado.*) Das tu permiso, Luci.
LUCI. Adelante, adelante... (*Entra Eugenio seguido de Angeles y quedan en expectativa.*) Ya lo sabes, Copete: eres huésped de honor. Mari Tere, Ama Pepa. Llevad a este gran hombre a que vea su hermana. (*A Copete.*) Lleva tu regalo. A ti te corresponde la alegria de darlo. (*Entrega la muleta.*)
COPE. Señora directora... (*No sabe qué añadir emocionado y opta por marcharse.*)
LUCI. (*A Pepa y Mari Tere.*) ¿No habéis oído?
TERE Está bien (*A Copete.*) Vamos, hijo.
PEPA (*A Mari Tere.*) Nos larga la muleta, ¡pero ella sigue toreando a todos; (*Vanse los tres por la izquierda.*)
LUCI. (*Encarándose con Eugenio.*) Eugenio: Vas a oirme. Y me duele que sea, quizá, la última vez.
EUGE Perdoname, doctora. Con todos los respetos a tu ciencia y a ti, quiero que escuches antes. No me niegues el fuero — ¡triste fuero! —, de mi mayor edad.
LUCI. Habla.
EUGE No vengo a disculparme. Mi conciencia esta limpia. Más que limpia radiante. Vengo a ver, solamente si es virtud o soberbia lo que así te rebela contra lo más sagrado el amor maternal, y un cariño abnegado que tal vez no merezcas
LUCI. No prosigas, Eugenio. Deja a mi madre a un lado. El asunto es tan mío que no admito inge-

rencias. Del cariño abnegado... vale más que no hablemos.

EUGE. «El asunto es tan mío»... que me escuchas... ¡y hablamos! *(Contra su voluntad, Luci, se siente subyugada.)* ¿Qué hice yo en contra tuya? ¿Qué detalle, qué frase te autoriza a un juicio que escarnece mis canas, tergiversa mis hechos y me pone en picota, como a un reo, de faltas que jamás cometí?

LUCI. Te has mezclado en mi vida sin que yo lo pidiera. Hoy debo agradecerte los que yo sospechaba que eran éxitos míos.

EUGE. Y lo son. Di concreta, señala a quien tenga motivos para ponerlo en duda.

LUCI. Tú mismo. Ya es bastante.

EUGE. ¿Qué hice yo? Estar alerta para que en los primeros pasos de una vida difícil no te anulara el golpe de un posible fracaso. Ayudé sin decírtelo. Vigilé tus acopios de fe y de confianza en tu propio valer. Admiré tu victoria, clara, rápida, patente, indiscutible... He cobrado mi ayuda hasta el último céntimo. ¿Dónde está mi malicia? ¿Qué maldad puse en ello?

ANGE. Déjalo estar, Eugenio. Luci estuvo ofuscada.

LUCI. Luci, hasta hoy, no vió claro. ¿Te atreves a negar que te guiaba otro afán... — yo no sé cómo decirlo porque me da vergüenza... — un cariño.. un deseo... hacia mí?

EUGE. Sí, nunca te lo dije; ¿tienes tú algún derecho a preguntarlo?

ANGE. ¡Por Dios, Eugenio, basta!

EUGE. No, no. Las cosas claras. Sin reservas mentales. ¿Que he sentido por tí un amor grandísimo? Es verdad. No lo niego. ¿Podía yo evitarlo? ¿Podías tú impedirlo si ese era mi tesoro que oculté de tí misma? Es que un amor legítimo — legítimo y callado — puede rozar siquiera tu virtud,

ni tu nombre, ni malograr tu vida, ni ensombrecer tu porvenir alegre?

LUCI. *(Disculpándose torpemente.)* Yo estaba enamorada.

EUGE. Y yo espectante. No me interpuse nunca. No hablé mal del ausente. No le sentí antipático.., Hoy mismo, por teléfono, supe que quien te gana — ¡feliz él! — iba a venir a verte.

ANGE. ¡Era él!... No pude sospecharlo.

EUGE. Ni yo quise decírtelo. Como Luci no hablaba... respeté su secreto.

LUCI. *(Declinando su ánimo.)* Gracias, Eugenio; gracias.

EUGE. Y ahora, tú... ve a tus glorias que tan cerca te esperan. No serán nunca tantas como yo te daría si estuviera en mi mano.

ANGE. ¿Lo ves, Luci, hija mía? *(Va hacia ella.)*

EUGE. Déjala. Así es dichosa. Amor y juventud fueron siempre egoístas. Pero lo que no es justo, Luci, ni siquiera piadoso, es hostigar al hombre que ha soñado algún día no vivir siempre solo, y querer que renuncia hasta esa su breve dicha intransferible: el sueño.

ANGE. Luci, no serás buena si ahora no le comprendes.

LUCI. Te he comprendido, Eugenio. Quien no esté enamorada, no podrá comprenderte. Perdóname... y olvídalo.

ANGE. Perdónala.

LUCI. *(Sonriente.)* ¿De veras no hay rencor?... Un abrazo de amigo y no se hable ya más. *(Le abraza.)*

EUGE. ¡Ay, doctora, doctora!... ¡Quién curará a este viejo!...

LUCI. *(Siempre animosa.)* El tiempo; otras mujeres... Tu corazón es joven, siempre joven... Y en un

corazón joven, la esperanza es tesoro que tarda en extinguirse.

RAFA. *(Por la derecha.)* ¿Dan permiso?

ANGE. *(Asustada.)* ¡Rafael!

(Eugenio ha querido desenlazarse de los brazos de Luci; pero ésta lo impide y aguanta a pie firme las miradas de su novio. Rafael, naturalmente, detiénese cohibido.)

LUCI. No, Eugenio. Tú conmigo... Rafael, adelante. Son mi madre y Eugenio... Y mi casa es tu casa.

RAFA. He venido en mala hora.

LUCI. *(Sonriente.)* Está de Dios que siempre me has de encontrar en trance apuradísimo.

EUGE. Yo desharé este trance.

LUCI. Tú te callas. *(A Rafael.)* Diga mi... «prometido».

RAFA. ¿Prometido?

LUCI. O «mi futuro esposo?... ¿Te gusta más así? *(Deshace el abrazo.)*

RAFA. No sé qué contestarte.

LUCI. Pues has de contestar, porque el asunto es grave. *(Mirándole fijamente y recalcando las palabras.)* Si «tu» Luci te jura que «jamás» ha querido a nadie más que a ti; si te asegura, y prueba, que al hombre que aquí ves le debemos gratitud y cariño; si no has dudado nunca de que soy mujer digna y honrada, que merece tu nombre, ¿extrañará que le quiera, le salude o le abrace? ¿Tendrás celos jamás de que yo le distinga entre todos los hombres?...

RAFA. Yo sólo sé decir: «Luci, te quiero.»

EUGE. Pues un hombre de honor — aunque no tenga la fortuna de usted — quiere estrechar su mano.

RAFA. Y yo con mil amores se la ofrezco. *(Estréchanse las manos.)*

ANGE. *(A Luci.)* ¡Por fin, día de fiesta! *(Se abrazan.)*

EUGE. Y ahora, con vuestro permiso... *(Inicia el mutis.)*

RAFA. ¿Se va usted?

LUCI. *(Cariñosa.)* No te vayas.

EUGE. No, no huyo. Voy al jardín; me esperan las pequeñas. ¿Vamos, Angeles?

ANGE. Vamos.

LUCI. ¿Te gusta estar con ellas?

EUGE. Me gusta, porque, hasta cierto punto, son como hijitas tuyas.

LUCI. Es verdad, es verdad.

EUGE. Y ahora que te sientes feliz — ¿tú ves? — las dejas. Yo estoy haciendo falta. Pueden necesitarme. ¿Olvidas lo que son?...

LUCI. *(En un tono de suavidad, que no le hemos oído nunca al pronunciar estas palabras...)* ¡Mujeres solas!...

(Y mientras la escena queda a gusto del director... el telón baja a tiempo.)

FIN DE LA COMEDIA

Vedat de Torrente 4 y Valencia 14 mayo 1933 (Madre de los Desamparados.)

Precio: Una pt